

"HERNÁN CORTÉS"



F. VILLAESPESA

7
18

HERNÁN CORTÉS

5
3

IMPRESA FRANCESA.—JARDÍN CARLOS PACHECO, 1 Y 3.—MÉXICO.

TEATRO DE VILLAESPESA

- EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS.—Leyenda árabe, en cinco actos y en verso.
- DOÑA MARÍA DE PADILLA.—Drama histórico, en tres actos y en verso.
- JUDITH.—Tragedia bíblica, en tres actos y en verso.
- EL REY GALAOR.—Leyenda trágica, en tres actos y en verso, inspirada en un poema de Eugenio de Castro.
- ABEN-HUMEYA.—Tragedia morisca, en cuatro actos y en verso.
- EL HALCÓNERO.—Poema trágico, en tres actos y en verso.
- LA LEONA DE CASTILLA.—Drama histórico, en tres actos y en verso.
- LA MAJA DE GOYA.—Episodio dramático, en tres actos y en verso.
- HERNÁN CORTÉS.—Poema épico, en tres actos y en verso.
- ERA ÉL.—Poema, en un acto y en verso.
- EN EL DESIERTO.—Leyenda árabe, en un acto y en verso.

EN PREPARACIÓN

CUAUHTEMOC.—Poema trágico, en tres actos y en verso.

DOÑA MARINA.—Poema trágico, en tres actos y en verso.

EL GUANTE DE LA VIRREINA.—Comedia, en tres actos y en verso.

BOLÍVAR.—Poema épico, en cuatro actos y en verso.

TRADUCCIONES

LA GIOCONDA.—(De G. D'Annunzio.)

DON PEDRO EL CRUEL.—(De Marcelino Mezquita.)

LA CENA DE LOS CARDENALES.—(De Julio Dantas.)

DON BELTRÁN DE FIGUEROA.—(De Julio Dantas.)

ROSAS DE TODO EL AÑO.—(De Julio Dantas.)

EL PRIMER BESO.—(De Julio Dantas.)

SOR MARIANA.—(De Julio Dantas.)

DON RAMÓN DE CAPICHUELA.—(De Julio Dantas.)

UNA PARTIDA DE AJEDREZ.—(De G. Giacosa.)

EL TRIUNFO DEL AMOR.—(De G. Giacosa.)

20 cms.

12-73.027



HERNÁN CORTÉS

1
AV
265

POEMA ÉPICO, EN TRES ACTOS Y EN VERSO,
ORIGINAL DE

FRANCISCO VILLAESPESA



LIBRERÍA DE LA V^{DA}. DE CH. BOURET

PARÍS

23, RUE VISCONTI, 23

MÉXICO

45, AV. CINCO DE MAYO, 45

1917

ES PROPIEDAD DE SU AUTOR. NADIE, SIN SU AUTORIZACIÓN,
PODRÁ REIMPRIMIRLA NI REPRESENTARLA.

DEDICATORIA

AL SEÑOR DON VENUSTIANO CARRANZA

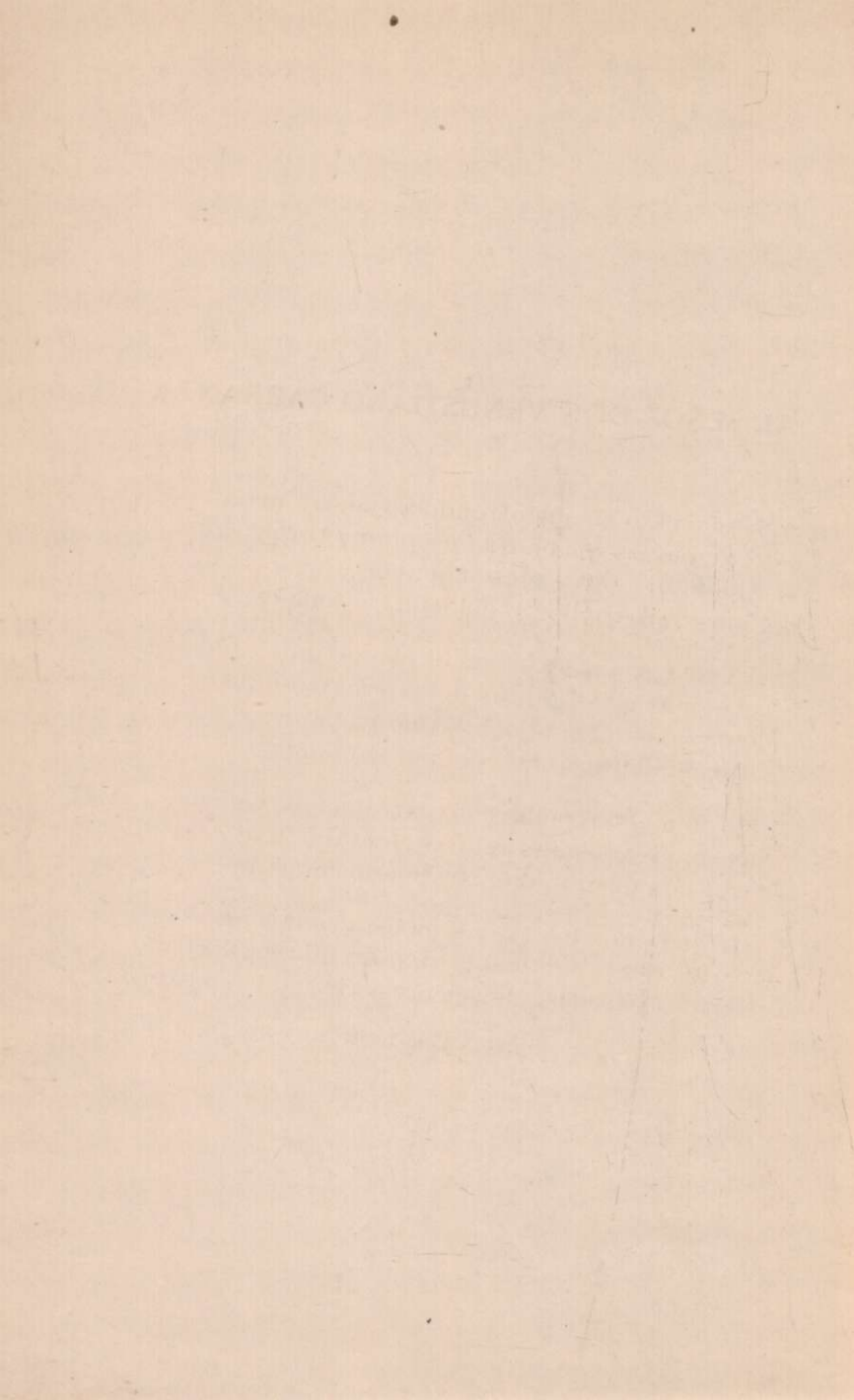
Señor: este poema ofrendo a vuestra mano,
este férreo poema en que mi pluma traza
la silueta del héroe más fuerte de mi raza,
del más fiero cachorro del león castellano!....

A vuestra voz despierta el pueblo mexicano
y a las más altas glorias del porvenir emplaza,
mientras el noble hijo del Anáhuac abraza
fraternalmente, al hijo del paladín hispano!....

¡No temáis el peligro de extrañas ambiciones,
que unidas vuestras águilas con mis viejos leones,
veréis cómo sucumben, hermanos en la brecha,

defendiendo los fueros de esta tierra sagrada,
CUAUHTEMOC indomable, disparando su flecha,
y HERNÁN CORTÉS heroico, esgrimiendo su espada!

MÉXICO, 2 DE AGOSTO DE 1917.



PERSONAJES DEL POEMA

MALINCHE.

XOCHIQUETZAL.

ESCLAVA PRIMERA.

ESCLAVA SEGUNDA.

ESCLAVA TERCERA.

HERNÁN CORTÉS.

FRAY BARTOLOMÉ DE OLMEDO.

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO.

PEDRO DE ALVARADO.

DIEGO DE ORDAZ.

ALONSO DE AVILA.

FRANCISCO DE LUGO.

PEDRO MORÓN.

PEDRO ESCUDERO.

DIEGO CERMEÑO.

BERNARDINO DE CORIA.

TIZOC.

SACERDOTE PRIMERO.

SACERDOTE SEGUNDO.

SACERDOTE TERCERO.

GARCÉS, SOLDADO VIEJO.

ESCOBAR, PAJE.

PERALVILLO, FORZADO.

CAPITANES, SACERDOTES INDIOS, SOLDADOS, MARINEROS E INDIOS.

LA ACCIÓN EN 1519.

ACTO PRIMERO

El puerto de Carenas.—Al fondo, sobre la claridad azul del mar, se divisan las naos de la flota, dispuestas a zarpar.—Al primer término, a la derecha, la entrada de una ermita.—A la izquierda, en torno de una hoguera que sirve de faro y de atalaya, algunos soldados jugando a los naipes, sobre una manta.

Entre las rocas de la playa, pasan de cuando en cuando, cuadrillas de indios, curvados bajo el agobio de los pertrechos que conducen a las naves.

Todo aparece iluminado por las últimas claridades de la luna.

Escena primera

Bernal Díaz del Castillo, Escudero, Morón y soldados.
(Jugando en torno de la hoguera.)

BERNAL DÍAZ

(Mostrando un doblón.)

¡Tan sólo un doblón me resta!...

Cortés. — 2

¡Es oro de buena ley!...
¡A la sota!...

MORÓN

(Barajando: todos les cercan con ansiedad.)

¡Juego!...
¡El rey!

(Muestra la carta.)

ESCUDERO

Bernal, perdiste la puesta!

BERNAL DÍAZ

No me extraña la derrota,
pues fue necedad poner
mi fortuna en una sota,
que al fin y al cabo es mujer!

MORÓN

(Volviendo a barajar.)

¿Quieres otra carta?

BERNAL DÍAZ

Quiero,
que aún me restan por jugar,
este anillo, este collar,
y el cintillo del sombrero!
¡Veinte doblas!...

(Se los quita y los muestra.)

MORÓN

(Examinándolos, con avaricia.)

¡Muchas son!

BERNAL DÍAZ

¿Valen por diez?....

MORÓN

¡Aceptadas!

BERNAL DIAZ

¡Al caballo van jugadas!

MORÓN

(Volviendo a tirar las cartas.)

¡La sota!....

ESCUDERO

¡Ganó Morón!

BERNAL DÍAZ

(Como un ebrio.)

¡Otra carta!...

ESCUDERO

(Conteniéndole.)

¡Ten prudencia!

BERNAL DÍAZ

(Sin escuchar nada: a Morón.)

¡Sigue, que aún jugarme puedo
esta daga de Florencia
y este estoque de Toledo!

(Se los quita del cinto.)

¡Quince doblas, que no en vano
templaron su acero fino,
Malatesta, el florentino,
y Garcés, el toledano!...
¡A la suerte las entrego!...

MORÓN

(Barajando de nuevo. Con sorna.)

¿Qué carta?

BERNAL DÍAZ

Como es de ley,
siendo mis armas del Rey,
al rey de espadas las juego!

(Morón tira las cartas.—
Todos se inclinan.—A la luz
de la hoguera llamean de an-
siedad los semblantes.)

MORÓN

(Alzándose triunfalmente y
mostrando una carta.)

¡La contraria!... A mi pesar
sin armas dejé al hidalgo!...

BERNAL DÍAZ

(Enloquecido por la fiebre
del juego.—Entregando sus
armas.)

¡Prosigue, Morón!... Hay algo
que aún me resta por jugar!

MORÓN

(Con desconfianza)

¿Qué es ello?...

BERNAL DÍAZ

(Sacando un medallón del seno.)

Este medallón
con cerco de pedrería,
en donde mi idolatría
guardaba con devoción,
como el más rico tesoro
que en la vida pude hallar,
restos de un bucle de oro
cortado al pie de un altar!

(Con la voz conmovida.)

¡No extrañad mi turbación,
ni el dolor que me estremece,
que, al jugármelo, parece
que me juego el corazón!...
Recuerdo de un amor fiel
que para siempre perdí...

ESCUDERO

(Espantado.)

¿Y te lo juegas?...

BERNAL DÍAZ

¡A él,
a Dios, al diablo y a mí!...
¡Va en treinta doblas tasado,
y cobrar con él espero
mis galas de caballero
y mis armas de soldado!

MORÓN

Se le acepta...

BERNAL DÍAZ

¡A barajar!...
¡A ese caballo!...

(Deteniéndole bruscamente
la mano a Morón, cuando se
dispone a tirar la carta.)

¡Por Cristo,
que al cabo, tahir, he visto
tu manera de jugar!...
¡Devuélveme lo robado!...

(Le oprime fuertemente
por la muñeca.—Todos se
arremolinan.)

MORÓN

(Luchando por desasirse.)

¿Qué dices?...

BERNAL DÍAZ

¡Que tengo brío,
aun cuando estoy desarmado,
para cobrarte lo mío!...
¡Y aún me sobra corazón,
para marcarte, delante
de todos, en el semblante,
como se marca a un ladrón!

MORÓN

(Desprendiéndose de Bernal Díaz y echando mano a la espada.)

¡Tanto ultraje, vengarán estas manos!... ¡Defendéos!...

BERNAL DÍAZ

¡Sin armas, traidor!...

ESCUDERO

(Interponiéndose, al ver aparecer en los umbrales de la ermita a Hernán Cortés, seguido de fray Bartolomé de Olmedo.)

¡Tenéos,
que aquí viene el capitán!

(Todos se tornan a sus puestos. Sólo Bernal Díaz permanece en actitud agresiva, queriendo arrojarse sobre Morón.)

Escena segunda

Dichos. Hernán Cortés y fray Bartolomé de Olmedo.

HERNÁN CORTÉS

¿Qué les pasa a mis soldados?...

MORÓN

(Adelantándose, cínicamente.)

Señor, pendencias de juego,
a las que a tiempo ponéis,
con vuestra presencia, término!

BERNAL DÍAZ

(Sin poder refrenar su ira.)

¡Vive Dios que habéis llegado,
para este tahur, a tiempo;

pues si tardáis un instante,
para ejemplar escarmiento
de villanos mal nacidos
y de soldados fulleros,
entre mis brazos le habríais
encontrado, señor, muerto!
Robóme, con malas artes
de jugador rufianesco,
todo el oro de mi bolsa;
y además de todo eso,
un anillo de rubíes,
el cintillo del sombrero,
un collar de pedrería;
y, con rubor lo confieso,
porque nunca desarmado
debe hallarse un caballero,
una daga de Florencia
y mi espada de Toledo!...
¡Y algo que tiene, señor,
para mi vida tal precio,
que por su rescate diera
a las galeras mi cuerpo,
mi corazón a los buitres,
y hasta mi alma al infierno!...

MORÓN

(Interrumpiéndole con
cimismo.)

¡Miente el bellaco!... ¡Eso es falso!

BERNAL DÍAZ

¡Se atreve a decir que miento,
después de haberme robado
el malandrín!... ¡Vive el cielo,
que he de arrancarle la lengua
que tuvo ese atrevimiento!...

HERNÁN CORTÉS

(Con severidad.)

¡Voto a Santiago!... ¡A mis ojos,
Bernal Díaz, conteneós,
si no queréis que ahora haga,
con los dos, un escarmiento,
mandandoos colgar de un mástil,
para que sirváis de ejemplo

a jugadores honrados
y a jugadores fulleros!...
¡Callad ante mi presencia!...
Di la verdad, Escudero...

ESCUDERO

(Con embarazo.)

Jugaron, y, como es
natural en todo juego,
lo que uno perdió, ganóle
el otro... Y, decir no puedo,
pues por más que se fijaron
mis pupilas no lo vieron,
si fue suerte o malas artes...

BERNAL DÍAZ

¡Fue un robo!...

HERNÁN CORTÉS

¡Bernal, silencio!

(Después de una pausa,
dirigiéndose a Morón.)

¡Yo me hago juez de la causa,

y, como tal, la sentencio!
¿Cuánto valen esas prendas?...

MORÓN

(Vacilando al justipreciar-
las.)

Treinta ducados, lo menos...

HERNÁN CORTÉS

(Sacando un bolsillo y arro-
jándose a Morón.)

Toma cuarenta, y, al punto
devuélvelas a su dueño!

BERNAL DÍAZ

(Con cortesía y altivez.)

Generosidad, señor,
que me ofende, y no la acepto!...

HERNÁN CORTÉS

¡Sois altivo!...

BERNAL DÍAZ

¡No: soy noble
como cumple a un caballero!...
Y una acción tan generosa
ni la admito ni agradezco,
porque sólo agradecerla
fuera ultrajarme a mí mismo,
que los labios de un hidalgo
como yo, jamás mintieron!...

HERNÁN CORTÉS

(Verdaderamente impresionado por el acento de sinceridad de Bernal Díaz.)

¡Ni yo me atrevo a dudar
de tus palabras, mancebo!...
¡Ante todos lo declaro!...
Y para evitar que nuevos
casos ocurran, desde hoy,
como castigo y ejemplo,
¡mano donde un naípe vea,
cortada será al momento!...

Torna a ceñirte tus armas,
y dales más noble empleo,
que el que al azar las entrega,
cual prendas de bajo precio,
es indigno de calzar
espuelas de caballero!...

BERNAL DÍAZ

Y yo, por el santo apóstol
Santiago, a jurar me atrevo
no perderlas nunca, en tanto
que tenga brazos mi cuerpo,
y esgrimirlas en la lucha
tan sólo en servicio vuestro!...

(Se ciñe las armas y las
preseas.)

HERNÁN CORTÉS

(A los soldados.)

¡Convocad a nuestra gente!...
¡Tenedlo todo dispuesto,

Cortés.—3

que antes que despunte el día,
y con sus rayos de fuego
apague y disipe el último
resplandor de los luceros,
buscando un mundo ignorado,
de estas playas zarparemos!

(Los soldados desaparecen
formando grupos animados,
por la izquierda, entre las ro-
cas de la playa.)

BERNAL DÍAZ

(Al salir acompañado de
Escudero, en voz baja a Mo-
rón, que se aleja por la iz-
quierda.)

Cuentas que quedan pendientes...

MORÓN

(En la misma voz.)

¡Se saldarán con el tiempo!

Escena tercera

Hernán Cortés y Fray Bartolomé de Olmedo.

HERNÁN CORTÉS

Empeñé la hacienda mía
para esta expedición;
y, ved mi bolsa vacía,
que hasta el último doblón,
todo cuanto poseía,
se lo he dado a ese bribón!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Sois demasiado indulgente
con esa chusma...

HERNÁN CORTÉS

Es prudente
el serlo, para poder

a nuestro lado tener
el apoyo de esa gente,
no nos vaya a traicionar
Diego Velázquez de nuevo,
impidiéndonos zarpar...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¿Teméis?

HERNÁN CORTÉS

A decir me atrevo
que hasta que no esté en el mar,
contemplando en mis desvelos,
desde el puente del navío
tan sólo el mar y los cielos,
de Velázquez desconfío...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Ha perdido la ocasión!...
Es ya tarde...

HERNÁN CORTÉS

Nunca es tarde
para que teja un cobarde
las redes de una traición!
Desde que a Cuba llegué,
siempre ha sido mi enemigo;
y vos mismo sois testigo
que jamás le provoqué.
Al contrario, a su rigor
y a su saña, respondía
con tanta cortesanía,
que avergonzado se habría,
de tener sangre, el traidor;
porque siempre el alma mía,
enemiga de rencores
y a su altiva alcurnia fiel,
paga el insulto con flores
y los venenos con miel!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡En verdad, no encuentro nada
que justifique su afán!...
Él os nombró capitán

general de nuestra armada;
a formarla os ayudó
con sus recursos, y luego,
prenderos mandó don Diego...
¡Y a fe que poco faltó
para que acabasen, mozo,
vuestra vida y vuestra historia,
estérilmente, sin gloria,
en un negro calabozo!...
¡Y dadle gracias a Dios,
que al saberlo, amotinados
se alzaron vuestros soldados,
y por salvaros a vos,
prendieron a los autores
de tan negra deslealtad!...

HERNÁN CORTÉS

(Con profunda amargura.)

¡Qué triste fuera, es verdad,
en la edad de los amores,
de la gloria y la belleza,
entre cadenas morir,

sin que llegase a ceñir
nuestra juvenil cabeza,
como el recuerdo más fiel
de unas manos amorosas,
ni una corona de rosas,
ni una rama de laurel!

Escena cuarta

Dichos y Bernal Díaz del Castillo

BERNAL DÍAZ

(Entrando precipitadamente por el palmar de la izquierda.)

Señor, a hablaros venía
de asunto de tal valía
y de tanta gravedad,
que presume mi lealtad
que en él arriesgáis, señor,
la vida, la libertad,
y algo más grande: el honor!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Queriendo retirarse.)

Vuestros secretos respeto,
y me retiro...

HERNÁN CORTÉS

(Deteniéndolo con un gesto.)

¡Por Dios!,
¿cuándo ha tenido un secreto
mi corazón para vos?...
Desde que a Cuba llegué
y vuestro amor conocí,
fuisteis, fray Bartolomé,
como un padre para mí...
¡Habla, Bernal!...

BERNAL DÍAZ

Nuevas son
que habrán de encender en ira
vuestra justa indignación!

HERNÁN CORTÉS

¿Qué es ello?...

BERNAL DÍAZ

Que se conspira
nuevamente.... La facción

de Velázquez algo trama
en contra vuestra... Ha llegado
al campamento un soldado,
que a sí mismo se proclama
de Velázquez enviado...

Reunióse a algunos traidores;
y en sus villanos rencores,
ya que impedir no lograron
a tiempo, vuestra partida,
entre todos concertaron
una red tan bien tejida
que, si yo no os avisara,
mañana mismo acabara,
en sus manos, vuestra vida....

HERNÁN CORTÉS

¡Ah, traidores!... ¡Voto a tal,
que ya mi paciencia agoto!...

(Refrenándose.)

¡Pero prosigue, Bernal!...

BERNAL DÍAZ

Compraron vuestro piloto,
y les ofreció encallar

vuestra nave, en un lugar
fijado, junto a la playa,
donde apostada se halla
gente que os debe apresar...

HERNÁN CORTÉS

(Violentamente, en un arran-
que de furor.)

¡Nombres presto, Bernal, nombres!..

BERNAL DÍAZ

Convertirse en delator
eso no es propio de hombres
que le tienen a su honor
la estimación que yo tengo....

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Vuestra advertencia, pensad
que es bien grave...

BERNAL DÍAZ

(Volviéndose a Cortés.)

¡La sostengo
en toda su integridad!

Pero, señor, yo no vengo,
para pagar tus favores
y obtener tu estimación,
a delatar los traidores,
sino a advertir la traición...
¡Ya la traición advertí!...
Juzgadme a vuestra manera...
Mas, el delatarlos fuera
de vos indigno.... y de mí!...

HERNÁN CORTÉS

Vuestras palabras acojo
con placer... ¡Gracias, hidalgo!...
¡De todo cuanto yo valgo
disponed a vuestro antojo,
que bien vale mi amistad
quien con tan bellas razones
me acaba de dar lecciones
de nobleza y de lealtad!...
¡Tenéis razón!... Olvidemos
los traidores, y evitemos,
pues es tiempo, la traición,
y la venganza dejemos

para mejor ocasión...
Mas, ¿cómo lo habéis sabido?...

BERNAL DÍAZ

Casualmente. Un malnacido
cobarde como un lebel,
juzgándome como él,
la trama narró a mi oído...
Y mi alma, que no olvida
ni la injuria ni el favor,
quiso, al punto, agradecida,
venir a salvar la vida
al que salvara mi honor!

Escena quinta

Dichos y Pedro de Alvarado

PEDRO DE ALVARADO

(Saliendo por la izquierda.)

Don Hernando, todo está
para darse al mar dispuesto;
avituelladas las naves,
subidos los marineros
a las jarcias, para izar
las blancas velas al viento,
y en sus bancos, los forzados
con las manos en los remos...
Ved: hasta las gaviotas,
con sus blancos aleteos,
decirnos parecen:—Vamos
a descubrir mundos nuevos,
a surcar mares más fúlgidos,
para mirar en su seno,

como rosas desprendidas
de los rosales del cielo,
constelaciones tan bellas
y astros tan áureos y espléndidos,
como jamás, ni soñando,
ojos de mortales vieron!

HERNÁN CORTÉS

Pues disponed la partida,
y congregad en el templo
a los soldados, que antes
que surja el sol zarparemos,
y hay que encomendarse a Dios
y confesarse primero...
¿Qué tal la gente?...

PEDRO DE ALVARADO

Contenta,
en apariencia a lo menos.
Todos sueñan con el oro
y las riquezas sin cuento
que han de hallar en esas tierras,

seguros de que son ciertos
los relatos que hacen de ellas
los antiguos compañeros
de Grijalva...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Quien tan sólo
halla solaz y recreo
en terrenales riquezas,
es como el bobo del cuento
que trocaba el oro por
baratijas de buhonero!

PEDRO DE ALVARADO

Es la vida del soldado
dura en penas y tormentos,
y es justo alegrarla un poco
dándole regalo al cuerpo,
que al fin y al cabo ha de ir
a pudrirse al cementerio,
a ser festín de los peces
o alimento de los cuervos...

¡Por eso él busca en la tierra
lo que vos pedís al cielo!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Mas ¿la salvación del alma?...

PEDRO DE ALVARADO

¡La de la carne es primero!

HERNÁN CORTÉS

(Interviniendo, después de
un momento que ha permanecido como reflexionando.)

Alvarado!, di al piloto
de mi nave que he dispuesto
que vaya a regir la tuya,
como prueba del afecto
y las finas atenciones
que a tus lealtades le debo...

(Bajando la voz.)

Y si encalla tu navío

en algún bajo costeño,
¡mándale ahorcar en seguida
del más alto mastelero!...

PEDRO DE ALVARADO

¡Para ejemplo de traidores!...
Veis, padre, cómo sin rezos,

(Volviéndose a fray Bar-
tolomé.)

sin sermones ni latines,
sólo con un leve gesto,
todos los hombres que tienen
corazón, nos entendemos!

HERNÁN CORTÉS

¡Marchad a cumplir mis órdenes,
y que, al primer llamamiento
del bronce de esas campanas,
acudan todos al templo!...

(Salen Alvarado y Bernal
Díaz por el palmar de la
izquierda.)

Escena sexta

Hernán Cortés y Bartolomé de Olmedo

¡Velázquez... ¡Él siempre ha sido
la sombra negra en mi vida!...
¡La víbora que, escondida
entre flores, trepa al nido
del aguilucho real,
envidiosa de su vuelo,
queriendo que en su fangal
se manche el azul del cielo!...
Desplumar quiso las alas
de mi ambición ilusoria:
alas que fueron las galas
de mis ensueños de gloria...
¡Mas, al ver su esfuerzo vano
y más firme mi ambición,
pensó, envidiosa, su mano,
asesinarme a traición!...
Pero ante mi estoica calma

falló su torpe embestida;
y viendo salva mi vida,
pensó asesinarme el alma,
en su ciego devaneo
obligándome a casar
con la que no puedo amar,
pues no es amor el deseo!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡Pobre doña Catalina!...

HERNÁN CORTÉS

¡Otra víctima inocente
de don Diego!....

(Queda un instante pensativo, con la frente entre las manos.)

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Vuestra frente
a su recuerdo se inclina

abatida y temerosa,
igual que si a su presencia,
una nube pavorosa
cruzase vuestra conciencia!...

HERNÁN CORTÉS

(Alzando altivamente la
cabeza.)

¡Vuestra piedad os engaña!...
Mi conciencia, ¡voto a tal!
es un lago de cristal
que ninguna nube empaña!...
Con mi honor de caballero
traficaron; la acepté
como esposa, y, por mi fe,
que si cual tal no la quiero,
la respeto como tal,
que aquel que español se llama
y es hidalgo principal,
siempre respeta a su dama!...
Por eso, padre, por ella
vierto llantos de dolor,

pues la unió su mala estrella
con quien no le tiene amor!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Pero doña Catalina,
¿no es bella?...

HERNÁN CORTÉS

Tan bella es,
que la belleza se inclina,
humillada, ante sus pies!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Con timidez.)

¿No es digna?...

HERNÁN CORTÉS

Si no lo fuera,
no fuese de mí señora,
ni mi corazón sufriera
la angustia que le devora!



BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Si amor y belleza junta,
¿por qué vuestra estimación
no le dais?....

HERNÁN CORTÉS

¡Esa pregunta
le hago yo a mi corazón!
Y por más que adusto y grave
le pregunto sin cesar,
sólo responderme sabe:
—¡Porque no la puedo amar!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¿Algún otro amor inflama
vuestro pecho?...

HERNÁN CORTÉS

¡Enamorado
estoy, padre, de una dama

que jamás he contemplado!
¡Y la ama mi corazón
con tan ciego frenesí,
que ya no hay lugar en mí
para otra nueva pasión!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Con severidad.)

¡Llama infernal, que en su anhelo
quemará vuestra memoria!...

HERNÁN CORTÉS

(Con vehemencia.)

¡No, padre, es amor del cielo,
porque esa dama es la Gloria!
Por ella dejé a mis lares,
y en loco y febril empeño,
sobre lo frágil de un leño
crucé el furor de los mares,
porque una voz, terca y fuerte,
murmuraba en mi interior:

—Sólo gozarás su amor
desafiando a la muerte!
¡Cual la princesa de un cuento
que por un mago encantada
esperando está la espada
que rompa el encantamiento,
estremecidas de fe,
las caricias de sus manos
te esperan en tierras que
no vieron ojos humanos!—
Por ella, a esta expedición
me lanzo altivo y sereno,
encendido de pasión,
a ver si encuentro en el seno
de ese mar desconocido
que espanta nuestra mirada,
el bello jardín florido
donde espera mi llegada...
¡Su amor temblará a mis pies,
y eternos hará la Historia
los amores de la Gloria
con don Hernando Cortés!

(Resuena alegremente el
esquilón de la ermita.)

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡Ya repica la campana!...
Marchemos presto los dos
a la capilla cristiana,
y, arrodillados, a Dios
pidamos, con los fervores
del más sobrehumano empeño,
¡que realicéis el ensueño
de tan gloriosos amores!...

(Empuja a Hernán Cortés hasta la ermita, donde van penetrando los soldados.)

Escena séptima

Escudero y Diego Cermeño.

ESCUDERO

(Después de observar en torno suyo, en voz baja y recelosa.)

¡Otra vez le falló el golpe
a don Diego de Velázquez!...

CERMEÑO

¿Tú sospechas, Escudero?....

ESCUDERO

¡Que si sospecho! Al mandarte
sin razón y sin motivo,

como piloto a otra nave,
es porque Cortés, sin duda,
el plan que tramamos sabe!...
¡No parece sino que
ese hombre tiene un ángel
o un demonio protector,
que a su lado, vigilante,
estorba todos los golpes
y toda trama deshace!...

CERMEÑO

(Estremeciéndose.)

¡Dios nos libre de sus iras
si conoce nuestros planes!

ESCUDERO

Hay que impedirlo...

CERMEÑO

Mas, ¿cómo?...

ESCUDERO

Piloto, la cosa es fácil,
mientras en la tierra existan
balas, veneno y puñales,
y, por desgracia, sean
todos los hombres mortales!

CERMEÑO

Pero don Hernando tiene
en la expedición leales
partidarios, que podrían
defenderle...

ESCUDERO

¡No le hace!...
La traición vaga en la sombra...
Y además, un golpe vale,
si es rápido y es certero,
mucho más que cien combates!

CERMEÑO

Mas el brazo que ha de darlo?...

ESCUDERO

Cualquiera que tenga sangre,
que, si no le falla el golpe,
bien le pagará Velázquez!...

CERMEÑO

¡Pues busquemos ese brazo,
y que su vida se acabe!...

ESCUDERO

¡Morón puede ser!... ¡Es hombre
de corazón y de arranques,
que por oro, capaz fuera
de asesinar a su padre!
Además, irá conmigo
de Hernán Cortés en la nave,
y veré de convencerle
antes de que a tierra salte,
y así tendrá por sepulcro
las espumas de los mares...
¡Y capitán nombraremos

para que la flota mande,
como es natural, al deudo
de don Diego de Velázquez!...

CERMEÑO

(Mirando salir de la capi-
lla a los soldados.)

Pero... ¡silencio, Escudero!...
La gente del templo sale...

Escena octava

Dichos, Bernal Díaz, Un soldado viejo, Morón
y soldados

BERNAL DÍAZ

(Mirando a Escudero y a
Cermeno, que se confunden
con la muchedumbre.)

¡Los dos conversando a solas
sin ir a rezar al templo!...
No les perderé de vista,
que a don Hernando le debo
gratitud, y he de salvarlo,
porque juré, ¡vive el cielo!,
que puñal que vaya a herirle
antes pasará mi pecho!...

VOCES DE SOLDADOS

(Dirigiéndose a la playa.)

¡A las naves!... ¡A las naves!

MORÓN

(Seguido de otro grupo, a
un soldado viejo.)

¿Tú te quedas?...

SOLDADO VIEJO

Yo me quedo,
que antes fui con Juan Grijalva,
y me parece que sueño
cuando, vivo, entre los míos,
en esta playa me encuentro!...

(Un grupo de soldados le
rodean.)

ESCUDERO

¿Tantos fueron los peligros?...

SOLDADO VIEJO

¡Jamás podréis comprenderlos!...
Primero: monstruos marinos,

hechizos y encantamientos,
que trastrocaban las brújulas
y desclavaban los hierros
de las naves, que, bogando
a impulsos de roncós vientos,
entre escollos se perdían,
sobre unos mares tan negros
que de nuestras propias manos
no distinguíamos los dedos!...
Esto, durante la ruta...
Pero lo peor fue luego,
al tomar tierra, en un río
que era como un mar inmenso,
poblado de cocodrilos,
tan largos y corpulentos,
que a todos islas flotantes
y verdes, nos parecieron...
¡Y en las frondosas orillas,
mil abortos del infierno:
dragones, grifos, fantasmas;
hombres, con un ojo en medio
de la frente, tan feroces,
que tienen por alimento
la carne humana, y mujeres

que son brujas, por lo menos!....
¡A buena parte marcháis!...
¡Que el Señor os dé consuelo!...

MORÓN

Mas, ¿el oro?...

VOCES DE SOLDADOS

¡El oro!... ¡El oro!...

MORÓN

¡Por él bajara al infierno,
y a estocadas la emprendiera
con el mismo Cancerbero,
que con oro compra el hombre
la tierra, el mar, ¡y hasta el cielo!...

Escena novena

Dichos, Hernán Cortés y Capitanes.

HERNÁN CORTÉS

(Saliendo de la capilla, seguido de algunos capitanes, y aproximándose al grupo de soldados.)

¿Qué pasa, amigos?

MORÓN

Que este
soldado andaba diciendo
que es locura el embarcarse
para esos remotos reinos,
pues fue con Grijalva, y nada
encontró allá, ni aun recuerdos

de oro, sino hambres y pestes,
y fatigas y tormentos!

HERNÁN CORTÉS

Escuchad lo que en aquellas
islas remotas veremos,
que así nos pinta Eldorado
un poeta, compañero
de los viejos argonautas,
que hace siglos descubrieron,
en mitad del océano
esos fabulosos reinos!...

(Todos les cercan con profunda ansiedad.)

Tierra de encanto y maravilla,
en donde todo fulge y brilla,
y al mismo tiempo aroma y canta;
donde es suave y muelle el suelo,
y se desliza nuestra planta
ingrávida, como en un vuelo,
sobre el ensueño floreciente
de una alcatifa del Oriente

bordada en verde terciopelo...
Altas montañas de oro y plata,
donde la aurora se retrata
en la ilusión de mil espejos;
y en cuyas cimas, los volcanes,
no son cual fraguas de titanes
que en colosales llamaradas
nublan el Sol, con los reflejos
de ardientes gemas irisadas,
sino humeantes surtidores,
cuyos penachos deslumbrantes
abren quiméricas huríes,
para esmaltar huertos de flores
con tenues lluvias de diamantes
y aljofaradas de rubíes!
Esbeltas, pródigas colinas,
que tienen curvas femeninas
de adolescencia, en cuyas faldas
dormitan selvas de esmeraldas,
que dan, al Sol, todo un tesoro
de frutos de ámbar y de oro;
y en cuyos fúlgidos ramajes,
profusamente perfumados,
aves de extrañas armonías

abren, al viento, sus plumajes,
como abanicos constelados
de llameantes pedrerías!
Ríos de paz, cuyas corrientes
musicalmente sosegadas,
son de zafiros transparentes,
como las húmedas miradas
de las pupilas de las hadas,
en las leyendas de las fuentes!
Regando valles sobrehumanos
saltan arroyos de albas perlas,
sin más trabajo que cogerlas
entre los huecos de las manos!
Entre jardines de áureas rosas,
blancas ciudades fabulosas,
que en pesadillas luminosas
apenas fueron entrevistas,
de altivos templos, y palacios
con muros de ópalo y topacios
y minaretes de amatistas!...
Y en medio de este paraíso,
como en el bíblico, Dios quiso
sintetizar toda grandeza
y fundir todos los placeres

en los tesoros de belleza
y amor, que encierran las mujeres!....

Mujeres pálidas, morenas,
hechas de nardos y azucenas,
carne en lujurias encendida,
en cuyos labios se convierte
el beso en algo que da vida
al mismo tiempo que da muerte!...
¡El oro!... ¡El oro!... ¡En todo arde!...
¡En los rosales de la aurora,
y en las cenizas de la tarde!....
¡Oro la lluvia también llora;
oro, en su cauce, arrastra el río;
oro despiden los volcanes,
y hasta oro en polvo es el rocío
que en luz desbórdase en los vasos
de los dorados tulipanes!...
De oro es la clara polvareda
que se levanta a nuestros pasos;
perfuma el oro la arboleda;
oro respírase en la brisa,
y oro se bebe en la sonrisa
de las doncellas, que batallan
de amor, ceñidas de diamantes,

y, con los senos palpitantes,
en nuestros brazos se desmayan,
mientras el fúlgido tesoro
de los collares, los aretes
y los joyantes brazaletes,
se apaga en músicas de oro!...

(Como ebrio de gloria, con
los brazos tendidos a la apo-
teosis del mar, donde a las
primeras claridades del día
se aurifican las carabelas con
las velas hinchadas para zar-
par.)

¡Nobles y altivas carabelas:
izad, al viento, vuestras velas,
y zarpad para ese lejano
reino, en mitad del océano,
que ebrio de amor y primavera,
todo de oro y luz vestido,
nuestro soñado arribo espera,
como la esposa al prometido!...

(Volviéndose a los capitanes.)

¡Tended, amigos, los pendones
de los simbólicos leones

y de los castillos de oro!...
¡Surcad, el nuevo mar sonoro,
a los augurios de la aurora,
para plantar, en la sonora
tierra de encanto y maravilla,
sobre la cumbre que más brilla,
la gloria eterna y triunfadora
del estandarte de Castilla!...

(Pedro de Alvarado des-
pliega al viento el estandarte
de Castilla.—Todos se descu-
bren.)

VOCES

¡Al mar!... ¡Al mar!...

MORÓN

¡El oro nós espera!..
¡Portaremos a tierras españolas
tantos tesoros, que nuestra galera
navegará, rasando con las olas!...

VOCES

¡Al mar!... ¡Al mar!... ¡Al mar!...

PEDRO DE ALVARADO

En las arenas
de remotos y mágicos pensiles,
aguardan nuestros cuerpos juveniles,
con los brazos tendidos, las sirenas!...

Escena última

Dichos y Fray Bartolomé de Olmedo.

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Apareciendo en los umbrales de la capilla, con la cruz en la mano.)

¡De rodillas, blasfemos, y contritos
rezad, rezad, con fervoroso anhelo,
hasta que henchido de piedad, el cielo
se digne perdonar vuestros delitos!
¡Doblad, arrodillados, las cabezas,
hasta tocar el suelo con las palmas...!

(Todos se van arrodillando.)

¡No buscamos placeres ni riquezas:
vamos tan sólo a redimir las almas,
y a plantar, sobre tierra tan risueña

como humanas pupilas nunca han visto,
junto al pendón de España, como enseña
de eterna redención, la cruz de Cristo!

(Los bendice. Todos se
santiguan y se levantan.)

VOCES

¡Al mar!... ¡Al mar!...

HERNÁN CORTÉS

Despunta la mañana
en un glorioso triunfo de oro y grana...
La brisa perfumada hincha las velas,
y, sobre tanto azul, cisnes parecen
esas nobles y altivas carabelas,
que en sueños de esperanzas se estremecen,
ansiosas de arrancar, de lo profundo
del mar que playas de quimera baña,
el milagro inmortal de un nuevo mundo,
para ofrecerlo, como un dón, a España!..

VOCES

¡Al mar!... ¡Al mar!...

ESCUADERO

El áureo vellocino
nos espera en el seno de las olas...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡La cruz de Cristo mostrará el camino
que han de seguir las naves españolas!...

VOCES

¡Al mar!... ¡Al mar!...

(Atruenan el cañón. Todos
se dirigen a la playa.)

HERNÁN CORTÉS

Con su tronar sonoro
anuncia nuestro éxodo a la Historia
el cañón... ¡A las naves!...

MORÓN

¡Por el Oro!...

Cortés.—6

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Alzando la cruz.)

¡Por la Cruz!...

HERNÁN CORTÉS

(Desplegando el estandarte real.)

¡Por la Cruz y por la Gloria!

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

Cuadro primero

Una selva de Tabasco, lujuriante de frondosidad y de verdura, donde se abren las más bellas y extrañas flores del trópico.

Escena primera

Escudero y Morón.

MORÓN

Fallóme el arcabuzazo,
y menos mal que no fue
enteramente perdido,
pues, sin quererlo, vengué
cierta ofensa recibida...
¡Mas juro por Lucifer,
mi patrón, que no me falla
el golpe segunda vez,
y si encuentro la ocasión,
mi palabra cumpliré,
que nunca puede olvidar
un hombre de mi jaez,
palabra que tanto vale,
porque siempre de oro es!...

ESCUDERO

Aprovecha la ocasión,
que la ocasión es mujer,
y cuando menos se espera
se escapa....

MORÓN

La aproveché,
y fallóme sin embargo...
En fin, el trato está en pie,
pues por el oro que Diego
Velázquez llega a ofrecer,
no tan sólo soy capaz
de asesinar a Cortés,
sino de acabar con toda
nuestra armada de una vez,
y hasta con mi propio padre,
si fuera posible que
en tanto se cotizara
la larga vida de aquel
que sin pedirme permiso
me dió, por capricho, el sér!...

Pero también te aseguro
que, si esta comarca es
Eldorado, como dicen,
y en ella logro obtener
todo el oro que es preciso
para llenar un bajel,
largo velas, y, al instante,
me doy al mar, para ver
de nuevo las verdes viñas
de los campos de Jerez!...
Y me compro una casona;
hago labrar un cancel
de plata para la puerta;
y dentro, habrá de tener
un patio con una fuente
de mármoles, y también
salas con grandes espejos
y vajillas de oro, pues
soy en extremo exigente,
y me gusta vivir bien...
Y merco, además, un campo
para sembrarlo de mies;
una viña para el vino;
cuatro galgos y un corcel,

para el alba, en la llanura,
liebres con ellos correr...
¡Y hasta me caso, en la Iglesia
Mayor, con doña Isabel,
una fidalga tan bella
y tan rica, que no hay quien
no suspire por sus doblas
y su belleza a la vez!...
¡Y adiós le digo a las Indias,
por siempre jamás amén!...
Y aquí os dejo con los indios
y con don Hernán Cortés,
para que ellos y vosotros
os las compongáis con él,
que el interés es primero,
y yo miro mi interés!...

ESCUDERO

¡Morón, tú has de hacer fortuna!...

MORÓN

Puedes jurar que la haré,
que no en vano en esta empresa

cual soldado, me embarqué,
sufriendo en la travesía
hambres, calores y sed,
y luchando con los indios
con el valor que luché,
pues más de treinta cayeron
desangrándose a mis pies....

(Mirando hacia la izquierda.)

ESCUDERO

Mas, ¡silencio!, que alguien llega..

MORÓN

(Sonriendo con malicia)

El padre Bartolomé,
con mi amigo Bernal Díaz...

ESCUDERO

¡Mal le trataste!...

MORÓN

(Riendo.)

Ya ves
cómo en el mundo, Escudero,
les llega a todos su vez...

ESCUDERO

Vámonos al campamento
a ver cuándo Hernán Cortés
dispone el asalto...

MORÓN

(Saliendo por la izquierda.)

¡Vamos,
que me estremece el placer
de asaltar una ciudad
como esa, donde es
seguro que encuentre oro
para llenar un bajel!...

(Salen.)

Escena segunda

Fray Bartolomé de Olmedo y Bernal Díaz del Castillo.

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡Dura ha sido la jornada!...

BERNAL DÍAZ

¡Gracias que el socorro vino
a tiempo, y, avergonzada
la gente, se abrió camino
con el filo de la espada!...
¡Si no es por Pedro Alvarado,
en mitad de la espesura
de este bosque enmarañado,
todos hubiesen hallado
abierta su sepultura,
que en las gargantas estrechas,
de las ramas al abrigo,

abriendo sangrientas brechas,
el furor del enemigo
nublaba el sol con sus flechas!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡Bravos indios!...

BERNAL DÍAZ

¡A fe mía
que no vi igual bizarría,
ni lidió con tanto afán
el Zagal en la Axarquía,
ni la morisma en Orán!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Reparando en el brazo de
Bernal.)

¿Os hirieron?...

BERNAL DÍAZ

¡Un flechazo

que me ha desgarrado el brazo!..
¡Apenas si lo sentí!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Examinándole la herida.)

¡Vive Dios, que es un balazo!..

BERNAL DÍAZ

¿Decís un balazo?...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡Sí!...

BERNAL DÍAZ

(Con indiferencia.)

¡Alguna bala perdida!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Con intención.)

¡O un cobarde que a traición
quiso quitaros la vida!...

BERNAL DÍAZ

(Después de un momento
de reflexión, como si le aco-
metiese una idea repentina.)

¡Por el cielo, que esta herida
me la ha causado Morón!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Mas, ¿sospecháis?...

BERNAL DÍAZ

Es verdad!..

Tengo mi sospecha, y pues
sois amigo de Cortés,

voy a hablar con claridad...
A su lado batallando
estaba, cuando sentí
la herida que estáis mirando...
¡La bala que recibí
iba contra don Hernando!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Pero, ¿qué pruebas tenéis?...

BERNAL DÍAZ

Ninguna... ¡Tan sólo quiero
deciros que receléis
de Morón y de Escudero!
Desde Cuba, una traición
traman contra Hernán Cortés!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¿Me hacéis una delación?...

BERNAL DÍAZ

¡Jamás!... ¡Lo que os digo es
secreto de confesión!...

Aceptadle como tal,
y prevenidos vivamos,
para ver si así evitamos
la traición...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡Gracias, Bernal!...

(Se escucha un rumor de
voces por la izquierda; los
dos se vuelven.)

Escena tercera

Dichos y Bernardino de Coria

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Mas, ¿qué ocurre?...

CORIA

¡Un prisionero!..

Y parece, ¡voto a tal!,
por lo bravo y altanero,
que es persona principal!...
¡Con tres hombres ha luchado,
y tan sólo se rindió
cuando ante los tres se vió
solitario y desarmado!...
Lo encadenamos, y ahora

ante Cortés lo traerán...
¡De rabia se muerde y llora!...

(Viendo aparecer a Cortés.)

BERNAL DÍAZ

¡Aquí viene el capitán!

Escena cuarta

Dichos, Hernán Cortés, Pedro Alvarado, Alonso
de Ávila, Francisco de Lugo, Morón, Escudero,
Capitanes y Soldados

HERNÁN CORTÉS

Más de treinta mil indios combatimos,
hasta que, en loca fuga, derrotados,
dentro de las murallas de esa enorme
y opulenta ciudad los encerramos,
dejando en el pavor de la carrera,
para festín de buitres y de grajos,
más de tres mil cadáveres tendidos
en el verde silencio de esós campos!...
Y antes que muera el sol, espero, amigos,
mirar flotar junto al glorioso lábaro
de la Cruz, los pendones de Castilla,
sobre los fuertes muros de Tabasco!...

PEDRO DE ALVARADO

Asaltaremos la ciudad, y en ella
proclamaremos, como rey, a Carlos
Primero de Castilla, entre el estruendo
del cañón y el clamor de los soldados!...

MORÓN

¡Con los ricos despojos del saqueo
llenaremos de oro nuestros barcos!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡Con el agua lustral haremos puros
los viejos templos de sus dioses bárbaros,
y en el extremo de sus altas cúpulas
la santa Cruz extenderá sus brazos!...

CORIA

Un prisionero a tu presencia traen,
cargado de cadenas, dos soldados!

(Todos se vuelven para
ver entrar a Tizoc, cargado
de cadenas y conducido por
dos soldados. Trae la frente
alta y la mirada altiva.)

Escena quinta

Dichos y Tizoc.

HERNÁN CORTÉS

Que venga el prisionero...

PEDRO DE ALVARADO

Aquí le tienes...

HERNÁN CORTÉS

(Contemplándole.)

El porte altivo y el mirar osado!...
Más que vencido, vencedor parece...
¿Quién eres tú, que adusto, sin un rasgo
de temor, a mi vista te presentas,
tus pesadas cadenas arrastrando
con el orgullo del que ciñe rosas?...

TIZOC

Y tú, dime ¿quién eres, hombre blanco?...
Sobre las verdes olas de los mares,
en tu casa flotante, ¿quién te trajo?...
¿Por qué quieres robarnos esta tierra,
esta tierra tan pródiga de encantos,
que es nuestra, porque fue de nuestros pa-
(dres,
que, a la vez, de los suyos la heredaron?...
Desde el alba lejana de los tiempos
no hay una planta sola, no hay un árbol,
que no le haya regado nuestra sangre,
ni lo haya fecundado nuestro llanto!...
La tierra está amasada con cenizas
de nuestros muertos... Cada verde ramo
es un dolor antiguo que se crispa
en un gesto de angustia, al recordarnos!..
En vez de savia, por las venas de esos
árboles tan frondosos y lozanos,
corre a raudales nuestra sangre heroica;
y las mismas corrientes se han formado,
de mi raza de bronce pensativa
con el eterno y doloroso llanto....
¿Qué quieres en mis bosques?... ¿Con tus
(voces

hoscas y duras espantar los pájaros
que entre las ramas de las ceibas trinan,
nuestras dulces canciones escuchando?...
¡Tórnate al mar de nuevo, y en paz deja
al indio, con sus bosques y sus campos,
cazando tigres en sus matorrales
y bandas de caimanes en sus lagos!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡Venimos a traerlos las dulzuras
de nuestra religión!...

TIZOC

¡Venís en vano!...
¡Fuera de nuestros dioses familiares,
todos los dioses nos parecen falsos!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡A redimir venimos vuestras almas!...

TIZOC

¡Redimírnos!... ¿De qué?... Así gozamos
de la vida hace tiempo, y de igual modo

gozarán nuestros hijos... ¡Apartaos de estas riberas ya, si no queréis que nuestros santos dioses, irritados, os quemen de raíz, como a los árboles torna en cenizas el furor del rayo!...

HERNÁN CORTÉS

¡Con palabras de paz aquí vinimos, y en vez de recibirnos como a hermanos, vuestro sonoro caracol, la guerra va por valles y montes pregonando!... ¡Preferisteis la guerra, y desde ahora paz no habrá entre nosotros ni descanso, mientras en armas quede un indio, y, vivo, en esta tierra altiva un castellano!... Asaltaremos la ciudad, y a todos, como a reses perdidas de un rebaño, para eterna ignominia de una raza, os marcarán los hierros como esclavos!...

TIZOC

No me infunden pavor esas palabras, que en tanto tengan mis robustos brazos

fuerzas para esgrimir una macana,
girar las hondas y extender un arco,
sin temor a cadenas ni a prisiones,
libre siempre seré, como los pájaros
de mis selvas, los peces de mis ríos
y las bestias feroces de mis campos,
que el que libre nació, podrá algún día
ser prisionero, pero nunca esclavo!...
¿De qué te sirve encadenar mi cuerpo
si encadenar mi alma no has logrado?...
¡Vuestro cautivo soy!... Sacrificadme
a vuestros torpes dioses, hombres blancos,
que sin miedo a las sombras de la muerte,
en el suplicio sonreirán mis labios!..

HERNÁN CORTÉS

(Después de un breve silencio,
entre suspenso y admirado.)

Devolvedle el carcaj y la macana....
De esas cadenas libertad sus manos,
que si me precio de valor, me precio
mucho más, ¡vive Dios!, de ser magnánimo!

(Los soldados cumplen la orden. Tizoc no puede reprimir un gesto de admiración.)

Regresa a la ciudad, y di a los tuyos
cómo trata al vencido el hombre blanco!...

TIZOC

(Como espantado de tanta generosidad.)

¿Y no me sacrificas a tus dioses?...

HERNÁN CORTÉS

Tan solamente un Dios tiene el cristiano,
y en vez de exigir sangre a los mortales,
la suya derramó por libertarnos!

TIZOC

(Al salir.)

¡Que ese Dios tan piadoso te acompañe!..

HERNÁN CORTÉS

¡Que Él alumbre tu alma con sus rayos!..

Escena última

Todos, menos Tizoc

HERNÁN CORTÉS

Orgullosa me siento, amigos míos...
La lid fue dura y el esfuerzo largo,
y en ella todos, como nobles hijos
de la Cruz y Castilla, nos portamos!...
Tú, buen Alonso Dávila, mereces
que al cinto ciña, con mis propias manos,
esta espada, cual premio a las hazañas
que la tuya esta tarde ha realizado...

(Lo hace.)

Ven, Francisco de Lugo, y a tu pecho,
para que pueda en él ser más honrado,
ciñe el collar que fulguró en el mío....

(Lo hace.)

Y tú, amigo leal, Pedro Alvarado,
toma esta daga, en cuyo rico puño

el blasón de mi estirpe ha cincelado
un célebre espadero de Toledo!...

(Se la da.)

Para ti, Bernal Díaz, como pago
a tu fiel adhesión, sólo me resta
estrecharte en el nudo de mis brazos!...

(Lo abraza.)

BERNAL DÍAZ

¡No existe mayor prez para un guerrero,
ni mejor galardón para un hidalgo!...

HERNÁN CORTÉS

(A todos.)

¡Y vosotros, valientes campeones
de la Cruz y Castilla, izad al viento
la gloria invicta del pendón morado
de los castillos y de los leones,
y que el Sol, en el claro firmamento,
alumbre estremecido y asombrado
la más gloriosa y admirable hazaña

de todas las que altivo ha realizado
el heroísmo de la madre España!...
¡Contemplad la ciudad que al sol fulgura,
cual si hecha fuera de topacio y oro!...
En su interior enciérrase un tesoro
de riquezas, honores y hermosura!...
¡El cañón a sus muros enfilemos!...
¡Y alta la frente, y, con la espada en alto,
al asalto, valientes, caminemos!...

PEDRO DE ALVARADO

¡Al asalto, soldados, al asalto!...

VOCES DE SOLDADOS

¡Al asalto!... ¡Al asalto!...

PEDRO DE ALVARADO

¡Nos espera
el amor!...

MORÓN

¡El oro nos aguarda!...

VOCES

¡Oro y amores!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡Ambición bastarda,
que abrasa al corazón como una hoguera!...

(Alzando la cruz.)

¡Doblad la frente ante la Cruz, hermanos,
y que ella, en este día,
fuerza para triunfar dé a vuestras manos,
y para perdonar al enemigo,
piedad al corazón!... Rezad conmigo:

(Todos doblan la rodilla y
rezan.)

Dios te salve, María,
llena eres de gracia, el Señor es contigo...

TELÓN LENTO

Cuadro segundo

Un atrio en el oratorio mayor de Tabasco. Gradería al fondo. A ambos lados, ídolos en sus nichos.—Desde la gradería, que se supone da a una terraza, debe verse el panorama de la ciudad en la apoteosis dorada del crepúsculo.—En el centro de la escena y al pie de la gradería, la piedra de los sacrificios.—Al alzarse el telón, Xochiquetzal y las Esclavas cantan y se acompañan con los lentos y monótonos sonos del teponaztle y el huehuetle, mientras Malinche, sentada en el primer tramo de la gradería, parece sollozar, con la cabeza oculta entre las manos.

Escena primera

Malinche, Xochiquetzal y Esclavas.

UNA ESCLAVA.

(Cantando.)

Ahuehuetes y nopales,
lagos de verdes cristales
de las tierras de Anahuac;

altos montes, claros ríos...
¡estos pobres ojos míos
a veros no volverán,
pues quiere el cielo que viva
en tierra extraña cautiva;
y yo soy como el quetzal,
que al cautivarlo se muere,
porque la muerte prefiere
a vivir sin libertad!...

ESCLAVAS

(Repitiendo el canto.)

Y yo soy como el quetzal,
que al cautivarlo se muere,
porque la muerte prefiere
a vivir sin libertad!

(Cesa la música.)

UNA ESCLAVA

(Aproximándose a Malinche.)

¿Qué te pasa, Malinche? ¿Por qué lloras?...

XOCHIQUETZAL

¿Te entristece escuchar nuestros cantares,
porque a sus sonos pensativa añoras
el encanto perdido de tus lares?...

OTRA ESCLAVA

¿Te recuerdan, quizás, la casa abierta
al pie del ahuehuate corpulento,
en cuyas verdes ramas finge el viento
el zumbir de un enjambre que despierta?....

XOCHIQUETZAL

¿La madre, cuyo rostro se destaca
hilando, a los umbrales de la puerta,
mientras resuena en el silencio, bronco,
el lento golpear con que machaca
el maíz, un esclavo, sobre el tronco
de un árbol por el rayo calcinado...?
¿Al valeroso y juvenil guerrero,
que regresa de caza, coronado
de plumas de quetzal, por el sendero

de cedros y nopales sombreado,
y, cual tributo de su amor ardiente,
doblando humilde su orgullosa frente,
ante tus plantas victoriosas echa
una águila real ensangrentada,
la pelambre de un oso, o la listada
piel de un jaguar que atravesó su flecha
junto a la fuente azul de la quebrada?...

UNA ESCLAVA

¿Por qué apoyas la frente entre las manos,
y silenciosa y pálida nos miras?...

OTRA ESCLAVA

¿Por la perdida libertad suspiras,
recordando a tu madre y tus hermanos?...

MALINCHE

(Como quien despierta.)

Mis hermanos murieron en la guerra,
y mi madre vendióme como esclava

a un viejo mercader, que atravesaba
las feraces montañas de mi tierra...

UNA ESCLAVA

Entonces, ¿qué te pasa?...

OTRA ESCLAVA

¿Te ha embrujado
el conjuro infernal de algún hechizo?...

XOCHIQUETZAL

¿Qué tósigo mortal, qué bebedizo
sin voz y sin alientos te ha dejado?...

MALINCHE

Fue un ensueño de amor...

UNA ESCLAVA

¿De amor?...

XOCHIQUETZAL

(Con infantil curiosidad.)

¿Qué es eso?....

MALINCHE

Vivir un cuerpo en otro cuerpo preso,
confundiendo respiro con respiro!...
¡Disiparse, en perfume, en un suspiro,
y desbordarse, en mieles, en un beso!...

(Se alza y atrae a su lado
a sus compañeras.)

Estaba en un jardín, cortando rosas,
en un amanecer de primavera,
cuando sentí mis trenzas, temblorosas,
agitarse de pronto, cual si hubiera
pasado un soplo cálido de brisa...
Volví los ojos... Y la vida entera
desmayóse, hecha aroma, en mi sonrisa,
y extasióse, hecha luz, en mi mirada!...
Silencioso e inmóvil, a mi flanco,
de sol la altiva frente coronada,

vi a un joven bello como a un dios... Tenía
negros los ojos y el semblante blanco,
empuñaba un relámpago, y vestía
como un haz de celestes resplandores...

XOCHIQUETZAL

(Con asombro.)

¿Un hombre blanco?...

MALINCHE

Sí, como las flores
que al último fulgor trémulo y leve
de la tarde, deshojan sus olores...
¡De ese blancor ruborizado en grana
en que se enciende, tímida, la nieve,
cuando besa las cumbres la mañana!...

UNA ESCLAVA

(Con asombro.)

¿Un hombre blanco?...

MALINCHE

Sí; blanco y barbado,
cuyos largos y undívagos cabellos
al rizar, a la brisa, sus destellos,
toman ese color aurisolado
que derrama la miel, cuando deshecha
de dulzor se desborda en los panales,
y que ostenta el airón de los maizales
al madurar sus oros la cosecha!...

XOCHIQUETZAL

(Con impaciencia.)

¡Prosigue!... ¿El hombre blanco?...

MALINCHE

Sonriente,
me dió una rosa de belleza rara,
que exhalaba un perfume tan ardiente,
que, al respirarla, doblegué la frente,
y me sentí morir desfallecida,
como si con su aroma se escapara

el último perfume de mi vida!...
Sentí en mi carne florecer rosales;
me deshojaba de delicia... cuando
al clamor de los gallos matinales,
sola, en mi lecho, desperté llorando!...

(Como en un desvarío.)

¡Hombre blanco, hombre blanco! ¡Quién pu-
ser en tu cáliz gota de rocío, (diera
para que me bebieses toda entera!...
Temblar, en un divino escalofrío,
a tu cuerpo y tus brazos enroscada,
como liana indescriptible, y, luego
morir, bajo tu boca y tu mirada,
deshaciendo tu nieve con mi fuego!...
Yo he visto un hombre blanco, y de tal suerte
le adoro, que sin él vivir no puedo!...

OTRA ESCLAVA

¡Tiembra, Malinche, sí, tiembra de miedo,
que acaso es el fantasma de la muerte
que te presagia el fin...

MALINCHE

(Como una poseída.)

¡Oh, muerte amada,
si eres así, ven a segar mi vida,
que al respirar tu aliento, agradecida,
bendeciré en un beso tu llegada!...

XOCHIQUETZAL

(Espantada.)

¿No te espanta la muerte?... ¿La desea
tu corazón, Malinche...?

MALINCHE

Si ella es eso,
una mirada, un suspirar, un beso
infinito de amor... ¡bendita sea!...

(Se oye el lejano tronar de
los cañones.—Las esclavas co-
rren a lo alto de la gradería.
—Xochiquetzal se postra an-

te los ídolos.—Sólo Malinche permanece inmóvil, al pie de la gradería, como ajena a todo, con la cabeza oculta entre las manos.)

UNA ESCLAVA

Mas, ¡escucha!...

OTRA ESCLAVA

¡Qué espanto!... ¡Un trueno!... ¡Un
(trueno!...

UNA ESCLAVA

Está tronando a pleno sol...

OTRA ESCLAVA

Parece
que la tierra angustiada se estremece,
cual si quisiera desgarrar su seno!

XOCHIQUETZAL

¡Dioses, tened piedad!... ¡No derramáis
sobre la tribu humana tantas penas!...

Si sentís sed de sangre, aquí tenéis,
para saciarla, nuestras propias venas!...

UNA ESCLAVA

¡Otro trueno!... ¡Qué horror!...

OTRA ESCLAVA

¡Por todas partes
el trueno ruge y el incendio estalla!...
¡Se desploman los fuertes baluartes,
y salta, hecha pedazos, la muralla!...

XOCHIQUETZAL

Calmad vuestros coléricos destellos,
¡oh, dioses inmortales!... Si queréis
más víctimas aún, aquí tenéis
tendidos sobre el ara, nuestros cuellos!...

MALINCHE

(Alzándose, como una sonámbula.)

¡El hombre blanco llega! Entre sus manos

esgrime el rayo, y, a su paso, el suelo
retiembla de terror, se incendia el cielo,
lanzan sulfúreas llamas los pantanos,
y todo en fuego y polvo se convierte,
pues, aullando cual tigres, tras sus huellas,
secando flores y apagando estrellas,
van los negros fantasmas de la muerte!...

Escena segunda

Dichos, Sacerdote Primero, Sacerdote Segundo,
Tizoc y otros Sacerdotes.

TIZOC

(Entrando por la terraza,
con los sacerdotes.)

¡Quetzalcoatl, Quetzalcoatl, regresa!
El dios retorna vencedor y airado...
Ciñe el rayo su frente, y vibra el trueno
en su potente y luminosa mano!...
Viene a cobrar sus reinos, y le siguen,
en bélico tropel, los hombres blancos...

SACERDOTE PRIMERO

¿Los hombres blancos?...

TIZOC

Sí, como la nieve
que corona los montes solitarios...
Y tras ellos, cien monstruos, que cual flechas
atraviesan los montes y los campos...
¿No escucháis cómo truena?... Las montañas
partidas se desploman a su paso;
se desgajan las selvas, y arde todo
bajo el fuego que esparcen con sus rayos...

SACERDOTE PRIMERO

¡Quetzalcoatl, Quetzalcoatl, regresa
a reclamar los reinos, que ha mil años,
al tornar al Oriente, a nuestros padres
dejara, como herencia, encomendados!...

SACERDOTE SEGUNDO

La leyenda se cumple!.... El dios regresa
a su reino otra vez!...

MALINCHE

(Como soñando.)

¡El hombre blanco!...

La destrucción!... La muerte!... lo que sea!...
Pero quiero morir entre sus brazos!...

UN SACERDOTE

(Desde lo alto de la grad-
ría.)

Ya han penetrado en la ciudad!... Las casas
ardiendo se desploman a su paso...

SACERDOTE PRIMERO

(A Tizoc, que se dirige al
fondo.)

¿A dónde vas, Tizoc?...

TIZOC

(Desde lo alto de la gra-
dería.)

¡A la pelea!...
¡A morir por mi patria peleando!...

SACERDOTE PRIMERO

¡Pide a los dioses protección y ayuda!...

TIZOC

¡Pedídsela vosotros, que el soldado,
cuando resuena el caracol de guerra,
tan sólo protección pide a sus brazos!...

(Sale por el fondo.)

Escena tercera

Todos, menos Tizoc

SACERDOTE SEGUNDO

(Dirigiéndose a otro ídolo.)

¡Tonathín, Tonathín, padre del mundo,
el mayor de los dioses, da tu amparo
a este pueblo infeliz!...

(Dirigiéndose a otro ídolo.)

SACERDOTE PRIMERO

¡Tetzcatlipoca,
amiga de la sangre y del estrago,
si tienes sed, para apagarla haremos
que se fatiguen los robustos brazos,
esgrimiendo el cuchillo de obsidiana,

sobre las aras del teocali santo,
para que al pie de tu divina imagen
la sangre corra hasta formar un lago!...
Si no bastan cautivas y doncellas,
si aún te acosa la sed, con nuestras manos
inmolaremos nuestros propios hijos,
mientras arde el copal en áureos vasos,
y el ronco teponaztle y el huehuetle
acompañan, dolientes, nuestros cánticos!...

(Los sacerdotes se disponen al sacrificio.)

Esa virgen cautiva...

(Mirando a Malinche.)

(Cuatro sacerdotes se dirigen a ella que, como ajena a todo, ha permanecido al pie de la gradería. Las otras cautivas se estremecen de angustia, acurrucadas en el primer término de la derecha.)

MALINCHE

(Como quien despierta, re-

chazando a los sacerdotes, en un gesto desesperado.)

¡Detenéos!...

El beso del amor ignora el labio...
Mis pechos tiemblan como cervatillos,
y son lianas de pasión mis brazos...
¡Dejadme conocer, sólo un instante,
de amor las glorias, y, al saltar del tálamo,
aún húmeda de besos esta boca
y estremecidos de placer mis flancos,
que me hiera el cuchillo de obsidiana
sobre el altar del sacrificio, y, cuando
cierre mis ojos a la luz del día,
agradecidos sonreirán mis labios!...

SACERDOTE PRIMERO

(A los otros, mientras dispone el altar de los sacrificios y empuña el cuchillo del ritual.)

¡Arrastradla hasta el ara!...

MALINCHE

(Implorante.)

Mis cabellos
nunca, ni en sueño, acarició una mano!...
No dejéis que la tierra se los coma
sin que antes, deshechos, y temblando
de amor, descendan, como un mar de som-
para cubrir dos cuerpos enlazados (bras,
en las frágiles rosas de un suspiro
y en las profusas hiedras de un abrazo!...
¡No me deis muerte, mientras no conozca
el ensoñado amor del hombre blanco!...

SACERDOTE SEGUNDO

(Empujándole, en unión de
los otros sacerdotes, hacia el
ara.)

¡Al sacrificio!... ¡Al sacrificio!...

MALINCHE

(Luchando con ellos.)

¡Oídme!...

SACERDOTE SEGUNDO

Los dioses tienen sed, y a darles vamos sangre para aplacarla!...

MALINCHE

(Mientras la colocan extendida sobre la piedra de los sacrificios.)

¡Un solo instante de vida nada más, hasta que el rayo postrero de ese sol que nos alumbra avenge su ceniza en el ocaso!...

SACERDOTE PRIMERO

¡Ceñidle la serpiente de granito!...
¡Que perfume el copal el acto sacro!...

(Los sacerdotes, después de haber colocado el cuerpo de Malinche sobre la piedra del ara, asegurándole con ligaduras de cuero, encienden los braserillos de copal, mientras las esclavas se estreme-

cen de horror, unidas en un estrecho abrazo.)

¡Dioses de nuestra tierra, viejos dioses, eternos como el tiempo y el espacio, aceptad esta sangre, como ofrenda de nuestra devoción, y libertadnos de los peligros que amontona el cielo y de la furia de los hombres blancos!...

MALINCHE

(Con los ojos cerrados para morir, mientras el sacerdote primero levanta el cuchillo.)

¡El hombre blanco llega, y, victorioso, estrecha mi cintura entre sus brazos!...

(Al ir a hierirla, el trueno de un cañonazo más cercano hace caer el cuchillo de las manos del sacrificante, mientras a su fulgor aparecen en la terraza los soldados de Castilla, siguiendo a Hernán Cortés y a fray Bartolomé de Olmedo.)

Escena cuarta

Dichos, Hernán Cortés, fray Bartolomé de Olmedo,
Alvarado, Bernal Díaz, Capitanes y Soldados.

HERNÁN CORTÉS

(Desde la gradería.)

¡En el nombre del cielo, detenéos...!

SACERDOTE PRIMERO

(Trémulo de espanto.)

¡Quetzalcoatl, Quetzalcoatl!...

XOCHIQUETZAL

¡Milagro!...

SACERDOTES

¡Quetzalcoatl, Quetzalcoatl!...

XOCHIQUETZAL

¡Perdónanos!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡Al santo nombre de la Cruz, soldados,
derribad esos ídolos de piedra!...

(Los soldados derriban los
ídolos.)

SACERDOTE SEGUNDO

¡Nuestros dioses cayeron derribados!...

SACERDOTE PRIMERO

¿Quiénes son estos hombres, que así tiran
por tierra el culto, sin que los espacios

retiemblen de pavor y sobre ellos
los cielos vibren sus celestes rayos?...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡En el nombre de Dios, único y trino,
en el nombre de Dios tres veces santo,
la maldición del cielo caiga sobre
los que vuelvan a alzar los inhumanos
dioses que con la sangre se alimentan!...

HERNÁN CORTÉS

(Descendiendo.)

Libertad las cautivas y lleváos
a prisión a los viejos sacerdotes...

(Los soldados, capitaneados por Alvarado y Bernal Díaz, cumplimentan las órdenes.)

MALINCHE

(Contemplando a Cortés.)

Es el mismo del sueño!... El hombre blanco!..

HERNÁN CORTÉS

(A fray Bartolomé, señalándole la puerta de la izquierda.)

¡Despojad ese templo de sus ídolos,
y con la santa cruz purificadlo...

(Salen por la izquierda fray Bartolomé, Bernal Díaz y algunos soldados, mientras que por la derecha Pedro de Alvarado y su gente conducen a las cautivas y a los sacerdotes.)

SACERDOTES

¡Perdón, Quetzalcoatl!.... ¡No nos humilles!

CAUTIVAS

¡Gracias, señor, por tu piadoso amparo!..

(Salen todos, mientras Cortés rompe con su daga las ligaduras de Malinche.—Empieza el crepúsculo.)

VOCES LEJANAS

¡Tabasco, por don Carlos y Castilla!...

OTRAS VOCES LEJANAS

¡Tabasco, por Castilla y por don Carlos!...

Escena última

Hernán Cortés y Malinche.

HERNÁN CORTÉS

(Desatándola.)

Ya estás libre, mujer...

(Malinche se incorpora en el ara y lo detiene.)

MALINCHE

Espera, espera!...

Ya te tengo a mi alcance... Será en vano que intentases huir... Eres mi dueño; mi corazón ardiente has dominado, y adonde vayas, fiel hasta la muerte, como una sombra seguiré tus pasos!...

Cortés.—10

Será para tu sed, mi vida entera,
como un sorbo de agua entre tus manos!

(Lo atrae dulcemente hacia sus brazos, mirándole con los ojos húmedos de voluptuosidad.)

Estamos solos... ¡Ven!... ¡Todos se han ido,
y hace ya tanto tiempo que te aguardo,
para que unidos en un lazo eterno
podamos confundirnos y mezclarnos,
disueltos en dulzuras y en fragancias,
como ofrenda floral del mismo ramo!...

(Con los ojos entornados y la voz trémula, ofreciéndose toda en la sonrisa que le enciende la boca.)

¡Cíñeme con tus brazos la garganta!...
¡Bésame con los besos de tus labios!...

(Se confunden los dos en un beso, sobre el ara del sacrificio, envueltos en las primeras sombras, mientras desciende lentamente el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La Plaza de Armas de la Villa Rica de la Veracruz.
Edificaciones rústicas de palma y barro.—A la derecha, la fachada de la casa de Cortés, de estilo español, con grandes soportales.—Al fondo, la ensenada, donde se ven las naos de la flota.—A la izquierda, una calle. Es de noche.

Escena primera

Morón, Bernal Díaz, Pedro Escudero, Bernardino
de Coria y Soldados

ESCUDERO

¡Ya cansada de vivir
en esta costa inclemente,
se revuelve nuestra gente,
por no poder resistir
tantas penas y cuidados
como los que está sufriendo!...

MORÓN

Y más, ¡vive el cielo!, viendo
como ven nuestros soldados,
que jamás en su penar
recompensa han de obtener,
sin oro que rescatar
y aun sin agua que beber!...

ESCUDERO

En vez de aquel Eldorado
que Cortés nos prometía
al zarpar, hemos hallado
sólo esta tierra bravía,
en donde el hambre y la peste,
los trabajos y el dolor,
van diezmando nuestra hueste,
y amenguan nuestro valor!...

MORÓN

¡Ya los bravos veteranos
se ven hambrientos vagar,

sin fuerzas ni aun para alzar
una pica entre las manos!...
La sed les quema la boca,
y en su febril desvarío,
bajo un calor que sofoca,
crujen, los dientes, de frío!...
Y mueren entre la espesa
enramada de esos cerros,
disputándole su presa
a los buitres y a los perros!...

(Resuena el lejano suspi-
rar de una gaita.)

BERNARDINO DE CORIA

(Volviéndose, como todos,
para escuchar la música.)

Mas, ¿qué es eso?...

BERNAL DÍAZ

El són doliente
de alguna gaita que añora

la lejana patria ausente,
y por ella, dulcemente,
trémula suspira y llora!...

BERNARDINO DE CORIA

¡Ay, malhaya la ambición
que nos impulsó a jugar
en esta carta, al azar,
las venturas del hogar
y la paz del corazón!...

BERNAL DÍAZ

¡Malhaya el momento aquel
en que el rudo timonel,
rasgando el tul de las olas,
alejó nuestro bajel
de las costas españolas!...
¡Ay, mejor hubiera sido
haberse en el mar hundido,
que no estar en tierra extraña,
con los ojos y el oído
y el corazón en España!...

BERNARDINO DE CORIA

¡Valle que me vió nacer!...
¡Cuándo llorarán mis ojos
de gozo al volverte a ver,
mientras, postrado de hinojos,
cubro con fervor, de besos,
el corazón de la tierra
que de mis padres los huesos
y las cenizas encierra!...

BERNAL DÍAZ

¡Clara campana española,
cuyo inefable sonido
conservo siempre en mi oído,
cual guarda la caracola
en su seno, adormecido,
el sordo rumor del mar!...
Campana de mi lugar,
¿cuándo, dime, tu sonoro
clamor de plata y de oro
podré de nuevo escuchar?...
¡Campana!... Cuando nací
repicaste de alegría...

¡Qué triste morir sería
sin que doblases por mí!...

BERNARDINO DE CORIA

¡Galicia!.. Montes cubiertos
de robles y castaños;
verdes cantiles, y puertos
como esperanzas abiertos
en el furor de los mares!...
¡Galicia!... ¡Cuándo, al sonar
de gaitas y tamboriles,
podré de nuevo danzar
esas danzas pastoriles
en que revuelan las faldas
que van a las romerías;
reposar en tus umbrías,
y verme en las esmeraldas
encantadas de tus rías?...
¡Santiago, patrón de España,
no dejes que en tierra extraña
y en medio de estas arenas,
resuene mi hora fatal,
sin ver antes las almenas
de tu santa catedral!...

BERNAL DÍAZ

¡España, mansión de encanto,
vergel de amor y canciones,
bajo el sol de otras regiones
tu nombre se trueca en llanto
y se reza en oraciones!...
¡Ay, quién pudiera cruzar
cual gaviota, en un vuelo,
tanto azul y tanto mar,
tanta tierra y tanto cielo,
para poder respirar,
en las riberas frondosas
que el Betis fecunda y baña,
el perfume de las rosas
y los claveles de España!...
¡Qué importan, España mía,
el oro y la pedrería
que en el profundo misterio
de este dilatado imperio
prodigó la fantasía,
si alejado de tus lares
no hay más que penas y duelos,
porque ningún pueblo encierra
ni mares como tus mares,

ni cielos como tus cielos,
ni tierra como tu tierra!...

(Se apaga la voz de la gaita; todos permanecen en silencio, profundamente emocionados.)

BERNARDINO DE CORIA

Cesaron las melodías...

BERNAL DÍAZ

(Aparte, a Coria.)

Me voy, que vergüenza fuera
que alguno de aquestos viera
sollozar a Bernal Díaz!...

(Se aleja por la izquierda.)

Escena segunda

Los mismos, menos Bernal Díaz.

ESCUDERO

(A los soldados que permanecen silenciosos, con la cabeza oculta entre las manos.)

Cobardes sois, ¡vive el cielo!,
pues cuando remedios ha,
en vez de buscar remedios
os contentáis con llorar!...

MORÓN

Si libres tenéis las manos,
como hombres libres obrad,
y seguid por la fuerza
lo que por grado no os dan!...

BERNARDINO DE CORIA

¿Qué vamos a hacer nosotros?..

MORÓN

Levar anclas y zarpar
para España...

BERNARDINO DE CORIA

Pero ¿cómo?

MORÓN

Obligando a don Hernán...

BERNARDINO DE CORIA

¿Obligándole?... Es más fácil
con los dedos triturar
los férreos dientes de un ancla,
que torcer su voluntad!...

MORÓN

A su voluntad se opone
la nuestra, que vale más!...

BERNARDINO DE CORIA

Y entonces, en toda esta
comarca no ha de quedar
árbol del que no se mire
un ahorcado pendular!...

MORÓN

Si tanto teméis sus iras,
la frente al yugo doblad,
y morid de hambre y de fiebres
en medio de este erial,
mientras don Hernando apiña
el oro de los demás,
y en brazos de la Malinche
sus amores goza en paz,
soñando que en breve plazo
a sus sienes ceñirá
la corona de estos reinos...

BERNARDINO DE CORIA

¡Vive Dios, que infamia tal
no es posible en un hidalgo
como nuestro capitán!...

ESCUDERO

El que traicionó a su jefe
Velázquez, mejor podrá,
por ser mayor el provecho,
a sus reyes traicionar!...

BERNARDINO DE CORIA

Tales perfidias no creo...

ESCUDERO

¡Vive Dios, que las creerás
si en ellas pones los ojos
y ciego, Coria, no estás!...
Ve el rigor con que nos trata,
y el afecto paternal
que profesa al indio, y dime
si no es extraño en verdad!...
Se asegura que entendiósse
con los indios, y que va
a restablecer sus ídolos
y de la cruz a abjurar!...

BERNARDINO DE CORIA

¡No es posible tal vileza!...

MORÓN

¿Que no es posible?... Además,
¿dónde fueron los tesoros
que cual presente real
nos envió Moteczuma?...
¿Dónde fueron a parar
presentes, con cuyo importe
se puede un reino comprar?...
Todo perdióse en las manos
de tan noble capitán,
como si tantas riquezas
se hubiese tragado el mar!...

BERNARDINO DE CORIA

¡No es cierto, que esos tesoros
camino de España van,
para el Rey, en una nave!...

Escena tercera

Dichos y Diego Cermeño

CERMEÑO

(Que ha aparecido momentos antes por la calle de la izquierda, interrumpiendo a Bernardino de Coria.)

Nave que regresará
a estas playas, cuando todos
bajo el golpe criminal
de los indios y Cortés,
hayan muerto, en el altar
de los ídolos!...

BERNARDINO DE CORIA

¿Tú sabes?...

CERMEÑO

Yo debí pilotear
esa nave; pero supe,
por palabras que al azar
sorprendí a Portocarrero,
las urdimbres de este plan,
y aquí me quedé, dispuesto
nuestras gentes a salvar!...

VOCES

¡Matemos a los traidores,
y démonos a la mar!...
¡Volvamos proras a España!...

CERMEÑO

Los marineros están
de nuestra parte, y las naves
dispuestas para zarpar!...

ESCUADERO

Busquemos uno que hable
por todos...

MORÓN

¡Diego de Ordaz!...

DIEGO CERMEÑO

Vamos a hablar a don Diego,
que él con Cortés hablará,
y si no cede por grado,
por la fuerza cederá!

(Se alejan tumultuosamen-
te por la izquierda.)

ESCUADERO

Ya se ha prendido la mecha,
y la mina estallará!...

Escena cuarta

Pedro Escudero y Morón

MORÓN

La bola de nieve rueda...

ESCUDERO

Pues déjala tú rodar,
pues cuantas más vueltas dé,
mayor tamaño tendrá!...

MORÓN

Lo que es de ésta no le libra
a Cortés, ni Satanás!...

ESCUDERO

El oro que aquí no hallaste
Velázquez te lo dará,

y podrás volver a España
a vivir rico y en paz!...

MORÓN

Mas si la ocasión me falla...

ESCUDERO

Entonces puedes mandar
decir misas por tu alma,
porque Cortés te ahorcará!

MORÓN

Mas ¿qué he de hacer, ¡vive el cielo!?

ESCUDERO

¿Qué has de hacer?... Aprovechar
el tumulto que preveo,
y en él a tu gusto obrar...

MORÓN

Te entiendo!... Entre tantas gentes
que enronquecen de gritar,

un arcabuz se dispara
con mucha facilidad...

ESCUDERO

Entendidos!...

MORÓN

Entendidos,
y ni una palabra más!...

ESCUDERO

Pues a embravecer el fuego
si estalló el incendio ya...
Y a Cuba, y después a España,
tu riqueza a disfrutar!...

(Desaparecen por la calleja, mientras Cortés y Malinche salen, conversando, de la casa.)

Escena quinta

Hernán Cortés y Malinche

HERNÁN CORTÉS

¡Cuántas ternuras para mí atesoras!...
Prisionero en mis labios y en mi mano,
tu corazón desbórdase en panales;
y, en vela pasas las nocturnas horas,
con la lealtad humilde de un alano,
tendida de mi puerta en los umbrales!...
¿Qué hacías esta noche?...

MALINCHE

Vigilaba
los niños enfermitos de tu sueño,
con toda el alma en el oído alerta,
pues el goce más grande de tu esclava

es vigilar el sueño de su dueño,
echada en los umbrales de su puerta!...

HERNÁN CORTÉS

¡Vigilando!... ¿Por qué?...

MALINCHE

(Con intención y misterio.)

Porque en la sombra
sus puñales desnudan los traidores,
y, con los pies descalzos, por la alfombra
sin sentir se deslizan, cual reptiles!...
Llegaron hasta mí vagos rumores
de sordas quejas y amenazas viles;
y, cual fiera en defensa de su cría,
mientras tu altivo corazón dormía,
permanecí en la puerta reclinada,
escudriñando en la tiniebla obscura
el resplandor de un arma que fulgura
o el furtivo rumor de una pisada!...

HERNÁN CORTÉS

(En un momento de dolorosa vacilación, como hablando consigo mismo.)

¡Siempre la infamia y la traición!... La
(escoria
obscureciendo el brillo del diamante,
y la envidia acechando al que triunfante,
encamina sus pasos a la gloria!...
Hasta de Cristo la divina frente
la espina del rencor ha ensangrentado!...
¿Por qué a la par, Señor, dime, has creado
el águila real y la serpiente,
el zorro astuto y el león osado?...

MALINCHE

(Viendo a Cortés que permanece un instante en silencio, con la cabeza oculta entre las manos.)

Mas, ¿qué tienes, señor?

(Le separa suavemente las manos.)

Por tu pupila
cruza una sombra errátil, como el vago
aletear de un ave, en la tranquila
esmeralda fantástica de un lago!...
La curva de tus cejas se contrae,
igual que el arco de la luna nueva,
cuando sobre el silencio de la gleba
en bautismos de amor, la lluvia cae;
y, algo muy triste, palideces nieva
sobre la cumbre altiva de tu frente!...
En la lámpara ardiente
de tus labios, ¿al soplo de qué brisa
fatídica apagóse, de repente,
la llama de coral de tu sonrisa?...
¿Fué algún sueño infernal?... Un sueño de
(esos
en que el placer transfórmase en espanto,
y sentimos la muerte, hasta en los huesos,
y nuestra carne se diluye en besos
y el alma entera se disuelve en llanto?...
¿Qué te aflige?... Postrada en los altares,
a ese pálido Dios crucificado,
que sólo porque es tuyo y tú le adoras
le amo más que a mis dioses familiares,

le rogaré, cual nunca le han rogado,
que en la celeste siembra de las horas
no cosechen tus manos más que flores,
pomas de amor, guirnaldas de alegrías,
y que, en cambio, mi pobre vida sea
el vivero de todos los dolores
y un plantel infinito de agonías!...
Porque tan solo el corazón desea
contemplarte feliz, sin que un agravio,
la sombra más fugaz y más alada,
apague la sonrisa de tu labio
y disipe la luz de tu mirada!...
De toda otra pasión rompe los lazos;
deja que abrojos de tu senda aparte,
y ven y gozarás, hasta embriagarte,
todo el amor del mundo entre mis brazos!...

HERNÁN CORTÉS

¡Calla, Malinche!... Al cazador que avan-
su corcel a galope, en la espesura, (za
acosando el espanto de la fiera
con la ferrada punta de su lanza,
¿cómo pedirle que con mano dura

refrene de su potro la carrera,
para poder oír, bajo las pomas
que aurifican lo verde del ramaje,
el arrullo nupcial de las palomas,
perfumando de mieles el paisaje?...
El amor, para mí, es una siesta
breve, en un largo y áspero camino,
junto a una fuente clara, en la floresta;
es como el vaso de espumante vino
que nos ofrece la lealtad de un paje,
antes de hundir en el ijar la espuela
y aflojar los borlones del rendaje
sobre las crines del corcel, que anhela
lanzarse a combatir encabritado!...
Amar es, para mí, vivir armado;
cabalgar y vencer en la batalla;
regresar a mi tienda ensangrentado,
rota a lanzazos la crujiente malla;
y encontrar, en las pieles de mi lecho,
como almohadón real de mi cabeza,
la suavidad de seda y la tibieza
de algún desnudo y floreciente pecho,
que enamorado y tembloroso late;
y en él dormir, hasta que azule el día,

y del clarín la bárbara armonía
me llame nuevamente hacia el combate!...

MALINCHE

¡Cómo te adoro así, crespas de ira
la cabellera de león, los ojos
lanzando llamas como ardiente pira,
y con los brazos hasta el codo rojos
de dar mandobles o esgrimir la lanza,
regresando triunfante por la senda,
de los sangrientos campos de matanza,
a dormir en mis brazos en tu tienda!...
¡Cómo te adoro así, soberbio y fuerte,
aspirando en tus barbas y en tu aliento
el calor de la sangre y el violento
y embriagador perfume de la muerte!...

HERNÁN CORTÉS

¡Y así me agradas, tú, dándome bríos
para poder triunfar en esta empresa!...

MALINCHE

(Ofreciéndole los labios en
un arranque de pasión.)

Toma mis labios, que en los labios míos
es una raza entera quien te besa!...
Una raza viril, hosca y forzada,
que oculta, como mágico tesoro,
bajo lo hostil de su apariencia ruda,
alma de bronce y corazón de oro!...

HERNÁN CORTÉS

Yo fundiré a ese oro noble y puro,
el hierro fuerte y el acero duro,
que en sus entrañas de granito encierra,
Castilla, de mi estirpe hogar sagrado,
para que juntos den, en lo futuro,
el más rico y sutil damasquinado
que humana raza presentó en la tierra!..
Raza que ha de asombrar a las naciones
con sus vivas y eternas energías,
libre como tus águilas bravías
y valiente y audaz cual mis leones!...

(Se oye el rumor lejano de
la multitud. Por la izquier-
da aparecen precipitadamen-
te fray Bartolomé de Olme-
do, Bernal Díaz y Pedro de
Alvarado.)

Escena sexta

Dichos. Fray Bartolomé de Olmedo, Pedro
de Alvarado y Bernal Díaz

BERNAL DÍAZ

¡Presto, señor!...

PEDRO DE ALVARADO

La chusma amotinada
contra vos se revuelve enfurecida!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡Exige que termine la jornada
y zarpar para España!...

BERNAL DÍAZ

Está vendida
al oro de Velázquez!...

PEDRO DE ALVARADO

Sus desmanes
con sangre castigar será forzoso!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

En nombre de ese grupo revoltoso,
vienen a hablarte algunos capitanes!...

(Entran por la izquierda
Diego de Ordaz, Morón y
algunos capitanes.)

Escena séptima

Dichos. Diego de Ordaz, Morón y Capitanes

HERNÁN CORTÉS

¿Qué pretenden mis soldados?

DIEGO DE ORDAZ

En su nombre os vengo a hablar...
Hambrientos y fatigados
a Cuba quieren tornar,
porque dicen que a vivir
sin medrar, en tierra extraña,
prefieren todos morir
en un rincón, en España!

HERNÁN CORTÉS

Proseguid...

DIEGO DE ORDAZ

Para evitar
otros males, ¡vive Dios!,
todos esperan de vos
que deis orden de zarpar!...

HERNÁN CORTÉS

¿Que yo ordene la partida?...

DIEGO DE ORDAZ

Así lo exigen, señor...

HERNÁN CORTÉS

¿Lo exigen?...

DIEGO DE ORDAZ

Aún es peor:
os lo imponen...

HERNÁN CORTÉS

¡Por mi vida,
que sus razones tendrán
esas chusmas al querer
obligarme a obedecer!...
Mas, vos, señor capitán
de esa amotinada gente,
que sois más noble que el sol,
pues sois noble doblemente
por lo noble y lo español,
decid: ¿qué me aconsejáis
que os responda, porque quiero,
ya que sois tan caballero,
que a vos mismo os respondáis?..

DIEGO DE ORDAZ

Os aconsejo zarpar,
cuanto más presto, mejor!...

HERNÁN CORTÉS

¿Quién me viene a aconsejar,
Diego de Ordaz: vuestro honor,

o el temor de perecer
en las manos de esa gente?...
Responded sinceramente,
que yo os juro complacer,
siempre que vuestro denuedo
tan proverbial, no haya sido
sin daros cuenta, vencido
por la infamia o por el miedo!...

DIEGO DE ORDAZ

Esas palabras...

HERNÁN CORTÉS

¡Paciencia!...
¡No os exaltéis, ¡vive Dios!,
que lo que yo os digo a vos
os lo grita la conciencia!...

DIEGO DE ORDAZ

La vuestra os puede gritar...

HERNÁN CORTÉS

¡Puede que me grite, sí,
porque tranquilo os oí,

sin llegaros a arrancar
con estas manos la lengua
que a la infamia haciendo coro,
ha llegado a hablar en mengua
de vuestro propio decoro...

DIEGO DE ORDAZ

Mi decoro no admitió
protectores ni terceros:
para defender sus fueros
me basto y me sobro yo!...

HERNÁN CORTÉS

Pues ahora, a lo que entiendo
por lo que a decir osáis,
vos sois el que le ultrajáis
y soy yo quien lo defiendo!...
No os extrañe que, vehemente,
lo defienda con tal brío,
porque siempre juzgué mío
el decoro de mi gente!...
¡Por eso me da tristeza

que eligieran, ¡vive Dios!,
para exponer tal vileza
a un hidalgo como vos!...
Id, Ordaz, a responder
a las turbas lo que os digo:
—Que aquí vinieron conmigo
y conmigo han de volver!...
Y yo salir no he pensado
de esta tierra hosca y huraña,
hasta haberla conquistado
para Cristo y para España!...
En prueba de señorío,
picotas y horcas alcé,
y en ellas colgar sabré
a los que, faltos de brío,
o unidos a la traición
se rebelen contra mí!...
Vete, y a esa chusma di,
Ordaz, mi contestación!...

(Salen por la izquierda
Diego de Ordaz, Morón y los
capitanes.)

Escena octava

Malinche, Hernán Cortés, Bartolomé de Olmedo,
Alvarado y Bernal Díaz

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Dad treguas, que el caso es serio,
y así tiempo nos darán
para intentar disuadirles
de su empeño....

HERNÁN CORTÉS

(Como quien toma de
pronto una resolución irre-
vocable.)

¡Basta ya,
que yo les sabré imponer
a todos mi voluntad!...

(Dirigiéndose a Alvarado.)

¿Con cuántos contar podemos?...

PEDRO DE ALVARADO

Con muy pocos: con Bernal,
mis hermanos, Escalante
y Gonzalo Sandoval!...
Pero son los suficientes
para poder encerrar
esa turba, a cintarazos!...

HERNÁN CORTÉS

Otros recursos habrá,
que con tantas turbulencias
para siempre han de acabar!...
Escucha...

(Le habla aparte, en voz
baja.)

PEDRO DE ALVARADO

(Asombrado de lo que le
habla Cortés al oído.)

¡Viven los cielos,

que a la Historia ha de asombrar
esta hazaña!...

HERNÁN CORTÉS

(En voz alta a Alvarado.)

Cuando esté
todo dispuesto, ordenad
que dispare un cañonazo
la capitana... Bernal:
cuando oigáis el cañonazo
a la playa bajarás;
te apoderas de los botes,
y que nadie se dé al mar!...
Los hermanos de Alvarado
esperándote estarán!...
¡Cumplid mis órdenes, presto!...

PEDRO DE ALVARADO

(Al partir asombrado ha-
cia la playa.)

¡Por Dios vivo, don Hernán,
que no salgo de mi asombro!...

HERNÁN CORTÉS

(Penetran Cortés, Malinche y fray Bartolomé, en la casa del primero, mientras aparece cautelosamente, como si hubiese estado espionando, Morón, por la calle de la izquierda.)

¡Padre, en mi posada entrad!...

BERNAL DÍAZ

(Reparando en Morón y echando mano a la espada.)

¡Por San Pedro, que este espía a serlo no volverá, pues con él voy, ahora mismo, mi antigua deuda a saldar!...

Escena novena

Bernal Díaz y Morón.

BERNAL DÍAZ

(Deteniendo a Morón, que
cautelosamente avanza hasta
el centro de la escena.)

¡Tenéos!...

MORÓN

¿Qué me queréis?...

BERNAL DÍAZ

¿Una deuda no tenéis
que es preciso solventar?...

MORÓN

Tiempo habrá...

BERNAL DÍAZ

Mas, ¿no sabéis
que os la vengo a reclamar?...

MORÓN

¿Quién reclama?...

BERNAL DÍAZ

¡El acreedor!..

MORÓN

Y esa deuda fue...

BERNAL DÍAZ

¡De honor!...

MORÓN

Deuda es esa ya fallida...

BERNAL DÍAZ

No, que aun te queda, traidor,
para pagarla, la vida!...
Aunque el cobro retrasé,
renuncia de él nunca he hecho,
y réditos cobraré,
que en tanto aliente tu pecho
nuestra deuda estará en pie!...

MORÓN

(Intentando marcharse.)

Mañana será saldada...
Ahora tengo prisa... ¡Adiós!...

BERNAL DÍAZ

(Interponiéndose, con decisión.)

¡No escaparás, ¡vive Dios!,
sin que esa deuda atrasada
no solventemos los dos!...

Cortés.—13

MORÓN

(Echando mano a la espada.)

Deuda es esa, a lo que infiero,
que se salda de una vez
con medio palmo de acero!...

BERNAL DÍAZ

Tú mismo te has hecho juez
de tu causa... ¡A ver, fullero,
si en esta mortal jornada,
esa mano acostumbrada
al robo, tan hábilmente
maneja, al lidiar de frente,
como los naipes, la espada!...

MORÓN

¿La muerte buscas?...

BERNAL DÍAZ

Me río
de tus bravatas, Morón,

porque si no es a traición,
tu brazo no tiene brío
para herir a un corazón
tan valiente como el mío!...
¡En guardia, pues, si no quieres
que como a un perro te mate!...

MORÓN

(Poniéndose en guardia.)

El esquivar un combate
es propio de las mujeres...
Riñamos, si ese es tu agrado;
mas cuando caigas postrado,
desangrándote ante mí,
de un fin tan desventurado,
cúlpate tan solo a ti!...

BERNAL DÍAZ

(Acometiéndole.)

¡Por mí responde mi acero!..
Acaben tus villanías
por siempre...

(Le hiere en el pecho.)

MORÓN

(Sintiéndose herido y dejando caer la espada.)

¡Jesús!... ¡Me muero!...

(Da algunos pasos, vacila y cae bajo los soportales.)

¡Por tu fe de caballero,
socórreme, Bernal Díaz!...

(Se intenta incorporar y vuelve a caer.)

Veme sangrando a tus pies...
¡El oro!... ¡La confesión!...

(Como desvariando. Bernal Díaz se inclina a socorrerlo.)

Prepárase una traición
para matar a Cortés...
Mi mano era la encargada
de darle muerte!... Tu espada

la Providencia guió,
pues sin aquesta estocada
le hubiese matado yo!...
Están, para darse al mar,
nuestros barcos preparados...
Marineros y soldados
son traidores a la par!...
Ordaz, Cermeño, Escudero,
son alma de la traición!...

(Su voz se extingue en los
estertores de la agonía. Re-
suenan un cañonazo. Bernal
Díaz abandona al herido, y
se dirige al fondo precipi-
tadamente.)

BERNAL DÍAZ

¡Ya ha resonado el cañón!...

(Desaparece, mientras
Morón, arrastrándose, se des-
ploma casi en los umbrales
de la casa de Cortés.)

MORÓN

¡El oro!.. ¡España!.. ¡Me muero!..
¡Presto, presto...! ¡Confesión!...

(Expira, mientras se escuchan los rumores de los soldados que, capitaneados por Escudero y Cermeño, penetran tumultuosamente por la izquierda.)

Escena décima

Escudero, Cermeño, Escobar, Peralvillo, Marineros
y Soldados

ESCUDERO

Se escucharon cuchilladas
resonar por este lado...

CERMEÑO

(Mirando el cadáver de
Morón.)

Ved!... Un hombre asesinado!...

ESCOBAR

(Todos se arremolinan.)

¡Un hombre muerto!...

ESCUDERO

¡A estocadas!...

PERALVILLO

¡Le asesinaron!...

CERMEÑO

¡Ya ves!...

SOLDADOS

(Gritando.)

¡Un hombre muerto!... ¡Traición!...

ESCUDERO

(Reconociendo a Morón.)

¡A la puerta de Cortés
han dado muerte a Morón!...

CERMEÑO

¡Vengüemos a nuestro hermano!...

ESCUDERO

(Desenvainando la espada.
Todos le imitan.)

¡Juremos no abandonar
este acero de la mano
hasta poderle vengar!...

CERMEÑO

¡Castiguemos la traición
y embarquémonos después!...

VOCES

¡Muera, muera Hernán Cortés!...

ESCUDERO

¡Venganza para Morón!...

(Algunos soldados separan
el cadáver de la puerta. To-
dos gritan y gesticulan, esgri-

miendo sus picas y sus espadas.)

VOCES

¡Muera el tirano! ¡El asesino muera!

CERMEÑO

¡Asaltemos la casa, y al raposo
cacemos en su misma madriguera!...

ESCUDEÑO

¡Acosadle sin treguas ni reposo!...

CERMEÑO

¡Quemadle vivo, y en la misma pira
arda también Malinche, la hechicera!....

VOCES

¡A la hoguera arrojadlos!... ¡A la ho-
(guera!

(Todos se dirigen a la casa, cuando aparece en los umbrales, con la cruz alzada, la grave y austera figura de fray Bartolomé de Olmedo.)

Escena once

Dichos y fray Bartolomé de Olmedo

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Interponiéndose)

¡En el nombre de Dios!... ¡Su santa ira
caiga sobre la frente del que osado,
se atreva a traspasar estos umbrales!...

CERMEÑO

¡Dejadnos paso, padre!...

ESCUDERO

Asesinado
cayó Morón, y a su amistad leales,
todos vengar su muerte hemos jurado!..

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡La venganza!...

ESCUDERO

Con ella se redimen
crímenes que quedaron sin castigo!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡No se castiga el crimen con el crimen!...

VOCES

¡Muera el usurpador! ¡Muera! ¡A la casa!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Presentando la cruz a las
turbas que, armadas, se arre-
molinan para entrar en la
casa.)

¡La enseña del Señor está conmigo,
y el umbral de esa puerta nadie pasa!...

¡Cesad en vuestros torpes desvaríos!...
La cruz extiende sus divinos brazos,
y antes que penetrar, tendréis, ¡impíos!,
que hacer la enseña de Jesús pedazos!...
¡En el nombre de Dios, no penetréis!...

ESCUADERO

¡En el nombre de Dios, dadnos entrada,
padre Bartolomé, si no queréis
mirar su santa enseña profanada!...

VOCES

¡Muera Cortés!.... ¡Muera el tirano!...
(¡Muera!

Escena doce

Dichos. Hernán Cortés y luego Malinche.

HERNÁN CORTÉS

(Apareciendo en los umbrales y apartando al padre Bartolomé; Malinche le sigue como una sombra.)

¿Qué furor acomete a mis guerreros?..

(Todos lo cercan amenazantes; una pica le roza el rostro.)

¡Apartad esa pica, que pudiera herirme sin querer!...

(Desvía la pica serenamente. Los soldados retroceden un poco, sin dejar su actitud agresiva.)

Esos aceros,
¿por qué esgrimís airados? ¿Qué enemigo
nos amenaza?... ¿De la serranía,
dejando de sus breñas el abrigo,
descendieron los indios, cual jauría
hambrienta, a devorarnos?.... ¿Qué que-
(réis?

VOCES

¡Muera el usurpador!... ¡Muera!...

HERNÁN CORTÉS

Vendidos
al oro de Velázquez, ¿pretendéis
trocaros de soldados en bandidos?...
¡Mi vida en vuestras manos la tenéis!...
Aquí mi pecho está, sin más coraza
que este jubón de seda adamascado...
¡Venid, y consumad vuestra amenaza,
que a vosotros me entrego desarmado!....

(Arroja el acero y la daga.)

Ved, mi espada y mi daga... ¡No las quiero,
porque su limpio y refulgente acero,

que templaron los yunques toledanos
y ennoblecieron en la lid las manos
del que siempre preciósese caballero,
pues caballeros fueron sus mayores,
se envilece, se enturbia y se profana
al teñirse en la sangre que villana
refluye al corazón de los traidores!...
El noble sólo con el noble lidia
y muere al golpe del puñal aleve!...
¿Ninguna mano a consumir se atreve
el torpe crimen que fraguó la envidia?...

(Reparando en Escobar,
el pajecillo, y atrayéndole a
su lado.)

Tú, pajecico de Velázquez, eres
bello y joven... Con oro, ser podrías
en la loca embriaguez de las orgías,
favorito de todas las mujeres!...
Sólo un pequeño esfuerzo de esta mano,

(Tomándosela.)

un golpe nada más, y serás rico,
y trocado en señor el pajecico,
podrás pisar el suelo castellano,

y comprar, con el precio de mi vida,
un castillo en lo alto de unas peñas,
solar de nueva estirpe esclarecida,
y hasta el amor de la mujer querida,
con la que, a veces, ojeroso, sueñas!...
¡Ven, y gánate el premio de tu amo,
arrojando a sus pies, en sangre tinto,
ese puñal que pende del recamo
tachonado de perlas, de tu cinto!...
Serás envidia de las dos Castillas,
y tu existencia una ilusión de flores
y un desgranar de perlas tu camino!...

(Mirándole fijamente. El
pajecillo baja la frente aver-
gonzado.)

¿Se encienden de vergüenza tus mejillas?...
¡Tú no puedes medrar entre traidores,
pues no tienes valor para asesino!...

(Lo rechaza. Después se
fija en Peralvillo.)

¡Ven acá, tú, forzado, que inclinado
sobre el banco y el remo, sangre sudas

bajo los golpes del comitre airado!...
Tanto dolor como sufriste, ha dado
algo a tu rostro de la faz de Judas!...
¿De qué horca, con vida, has escapado,
que al contemplar tu aspecto, en un sendero,
mezcla de pordiosero y de gitano,
los mastines te ladran, y el viajero
por instinto acaricia, con su mano,
los largos gavilanes de su acero?...
Con sólo descargar sobre mi frente
el peso de esa maza, tú podrías
cobrar tu libertad, y nuevamente
a la remota patria tornarías,
sobre la prora de una carabela,
estallante de oro la escarcela
y húmedas las pupilas de ternura,
ansiando distinguir en la verdura
de tu nativa y áspera montaña
el blancor familiar de tu cabaña,
donde espera la esposa tu regreso,
y los niños aguardan tus rodillas,
para que puedas, entre beso y beso,
relatarles las áureas maravillas
que admiraste en tu errar de peregrino,

mientras mugen de amor, en el camino,
ramoneando zarzas, las novillas!...
¡Aquí estoy desarmado!... Todas esas
dulces felicidades que has perdido
y que aún dentro del alma están impresas,
las puedes recobrar... ¡Alza, atrevido,
tu maza sobre mí, y habrás logrado,
no sólo poseer cuanto tenías,
sino también lograr cuanto has soñado,
trocando en realidad tus fantasías!...
¿Por qué se apaga tu mirada fiera
y rechinan tus dientes de coraje,
cual si fuesen mis frases un ultraje,
que en plena faz, como un baldón, te hiriera?

(Rechazándole.)

¡Vuelve otra vez, forzado, a tu galera!...
¡Remar y padecer es tu destino!...
¡No les sirves tampoco, que si algo
falta a tu alma para ser hidalgo,
te sobra corazón para asesino!...
¡Todos fallaron en la horrible prueba,
dejando en salvo el español decoro,
pues no ha habido ninguno que se atreva

a herir por plata ni a matar por oro!...
¡Cermeno y Escudero, servidores
de Velázquez, vosotros habéis sido
de este cobarde plan los promotores!....

CERMEÑO

¡Perdónanos, señor!...

ESCUDERO

¡Perdón y olvido!...

(Intentan arrojarse a sus
plantas; Cortés los rechaza.)

HERNÁN CORTÉS

(A los soldados que, domi-
nados por su actitud, lo con-
templan con respeto y admi-
ración.)

¡Soldados, os entrego a los traidores!...
Si ellos quisieron mancillar la gloria
de los nobles leones castellanos,
para escarmiento eterno de la Historia,
ahorcados morirán a vuestras manos!...

Escena última

Dichos y Bernal Díaz del Castillo

BERNAL DÍAZ

(Entrando precipitadamente por el fondo. Sobre el azul del mar, resplandecen los navíos, entre las llamas del incendio, como en una apoteosis purificadora de fuego. Todos miran con asombro y espanto.)

¡Mirad, el horizonte resplandece!...
¡Ardiendo están las naves españolas!...
El mar estalla en llamas, y parece
que arden, al par, las naves y las olas!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Derrúmbanse los altos masteleros;
retuércense en las llamas, hechos trizas,
y en el aire se elevan sus cenizas
consteladas de chispas de luceros!...

HERNÁN CORTÉS

(Elevándose sobre todos, en
un sublime arranque de he-
roísmo. Con las manos ten-
didas hacia el mar, donde el
incendio de las naves es cada
instante más violento.)

El humo asciende hacia el azul del cielo,
llameante de fervor, como el anhelo
de una oración que hasta la gloria sube!..
¡Con las chispas de oro de esa nube
que en el azul se pierde diluída,
disipóse por siempre, en lo imprevisto,
vuestra última esperanza de salida
de esta tierra feraz, rica y extraña,
donde he plantado el lábaro de Cristo,
junto al invicto pabellón de España!...

El mar salobre nos cerró el camino;
el enemigo atájanos la sierra...
¡Desde hoy, trabados en perpetua guerra,
es triunfar o morir nuestro destino!...

(Dirigiéndose a Malinche,
que durante las escenas anteriores ha permanecido en
los umbrales de la casa, siguiendo emocionada las palabras de Cortés.)

¡Ven, Malinche! Ante todos te proclamo,
como a esta tierra, mía hasta la muerte,
y contra todos juro defenderte!...
¡Amame con la fe con que te amo!...

(La estrecha en sus brazos.)

¡Bésame más, porque al besarme, en esos
labios me queman los ardientes besos
de esa raza de altivos ademanes,
de piel de bronce y ojos soñadores,
que en su interior encierra más ardores
que el ígneo corazón de sus volcanes!...

(Dirigiéndose a todos.)

Cuna del porvenir será su entraña,
y veréis cómo heroica se renueva
el alma férrea de la vieja España
en los crisoles de la España nueva!...

TELÓN RÁPIDO

México, D. F., a 2 de agosto de 1917.

*Acabóse de imprimir este libro en México
en la Imprenta Francesa, situada
en el Jardin Carlos Pacheco,
números 1 y 3, a los 2
días del mes de
octubre del año
de 1917.*



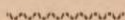
6.000
1st ed. Rows

- AN
- SEV
- MEX
- T1
- P1
- CE1

OBRAS DE VENTA

EN LA

Librería de la Vda. de Ch. Bouret



AVE. DEL 5 DE MAYO, 45

«VETUSTECES» por Luis González Obregón, un volumen en 12º, rústica. \$	2.00
«VITRALES DE CAPILLA» por Manuel Horta, un volumen en 12º, rústica. ...	1.50
«SEMBLANZAS LUGAREÑAS» por Salvador Cordero, un volumen en 12º, rústica.	2.00
«PAISAJES DE MÉXICO» por Enrique Juan Palacios, un volumen en 12º, rústica.	1.50
«LOS LLAMADOS MEXICANISMOS DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA» por Ricardo del Castillo.	2.00
«EL CRIMEN DE LORD ARTURO SAVILE» por Oscar Wilde (versión de Efrén Rebolledo), un volumen en 12º, rústica.	1.50